



PQ7297

F37

Q8

v. 1



1020099370

BIBLIOTECA C.
U.A.N.L.

1035
F
T1 E2

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

5

LA QUIJOTITA

Y

SU PRIMA.

HISTORIA MUY CIERTA

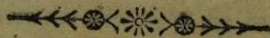
CON APARIENCIAS DE NOVELA.

ESCRITA

POR EL PENSADOR MEXICANO

SÉGUNDA EDICION.

TOMO I.



MÉXICO: 1831.

*Imprenta de Almirante, á cargo de Daniel
Barquera, calle de las Escalerillas núm. 11.*

14641

BIBLIOTECA CENTRAL
UNAM

PQ 7297

F37

Q8

✓ 1

Esta obrita es propiedad de los editores, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

ADVERTENCIAS.

Si alguna persona se subscribiere ó comprare esta Obrita creyendo hallar en ella invencion singular, erudiccion escogida, método esacto, estilo brillante y todas aquellas bellezas que encantan y sorprenden en muchas obras del dia, se llevará un buen chasco sin duda alguna; pues solo encontrará una invencion comun, una erudiccion no rara, un método en partes incorrecto, y un estilo sencillo y familiar.

Tal es el todo de la presente obrita y esta ingenua confesion, si no basta á defenderla de los colmillos del Zoilo, ni de la férula del Aristarco, bastará á lo menos para probar que su Autor no aspira á pasar la plaza de sábio sorprendiendo á los incautos.

Habiendo visto la favorable acogida que halló el Periquillo en el público ilustrado de este Reyno, y habiendo tambien observado que se han desterrado de algunas casas estas ó aquellas preocupaciones, mediante su lectura, me determiné á escribir esta obrita, consi-

derando que acaso podría ser de provecho á no pocas personas; y como al escribir trato de conciliar mi interes particular con la utilidad comun, de ahí es que muchas veces atropello á sabiendas con las reglas del arte cuando me ocurre alguna idea que me parece conveniente ponerla de este ó del otro modo.

No por esto se me esconde que se pueden dictar los mismos documentos cumpliendo con el rigor del arte, y tal vez con mas gracia y mejor estilo; pero ¿qué tengo con saber que se puede hacer una cosa con perfeccion, si yo carezco de la ilustracion y génio propio para hacerla?

Por tanto ofrezco al benigno público esta obrita así como he podido escribirla, deseando que sea útil y esperando que los sabios disimularán los defectos que no hubiere sabido corregir ó evitar mi escasa penetracion.

Tambien debo advertir, que aunque está dedicada al bello sexo, no será enteramente inútil al otro, por las intimas relaciones que tienen ambos entre sí.

PROLOGO.

En una carta y su contestacion.

SEÑOR Pensador: he leído con gusto la obrita de V. que tituló: *el Periquillo Sarniento*, y con decirle que la he leído con gusto, la alabo bastante, porque soy poco amigo de leer, y tal ha de ser un libro para que no me canse y merezca que le vea el fin, favor que me ha debido el Periquillo de V.

Entre otros frutos que he sacado de la lectura de esa historieta, uno ha sido reflexionar en el empeño con que critica V. las costumbres de los hombres estraviados, la sal con que procura ridicularizar los vicios mas groseros, y el conato que pone en divertir é instruir á sus lectores.

Pero, Señor Pensador, ¿todo ha de ser á costa de los hombres y para el provecho de ellos? ¿Nunca se ha de acordar V. de las mugeres para darles una enjabonadita? Cree V. que somos irreprehensibles, ó le parece que nos haria un agravio con emplear su pluma

en nuestra correccion? Advierta V. que en nuestro secso hay muchos abusos y muchas preocupaciones perniciosas, comenzando desde nuestra primera educacion. El amor propio nos eiega mas que á VV. y los hombres, cuando dicen que nos aman, no hacen sino empeñarse en cegarnos mas.

Siguese que pocos Autores, ó tal vez ninguno, ha escrito contra nuestros defectos en un estilo que nos pique, nos enseñe, corrija y divierta. Casi cuantos hasta hoy han escrito sobre esta materia, se han dividido en dos bandos: unos han tratado de instruir á nuestros padres acerca del modo de educarnos, amontonádoles bellos rasgos metafísicos, bastante erudicion y un sin número de reglas acaso impracticables. Los otros no se han entretenido sino en satirizarnos hasta lo mas inocente, en llenarnós de oprobios y en procurar excitar la risa de sus lectores á nuestra costa.

Ya ve V. que sin el fin de los primeros es laudable, ha sido igualmente infructuoso, porque las niñas, que algun dia han de ser madres, por lo común no son aficionadas

á esta clase de lecturas serias y que parece no habla con ellas.

El fin de los segundos es demasiado soez é indigno, pues hablan mal de lo mismo que apetecen, solo por saciar su espiritu locuáz y maldiciente.

Sería, pues, una empresa recomendable dar á luz una obrita, que sin zaherir generalmente al secso, ridiculizára los defectos mas comunes, que en él se advierten.

Tal clase de trabajo sería útil y digno de nuestro aprecio, pues lo leeriamos con gusto, creyendo no estar comprendidas en aquella pintura; y á nuestras solas ó á sangre fria, advertiriamos que en muchas materias la sátira y la reprehencion recaían sobre nosotras, que eramos los legítimos protótipos de aquellos retratos imaginarios.

El plan de esta obrita presenta desde luego un espacioso campo, no solo para divertirnos y satirizar nuestros defectos, sino para instruir á los padres y madres acerca de nuestra educacion, para descubrir los ardidés y artificios de que se valen los hombres para sedu-

cirnos y arruinarnos, y para enseñarnos los antidotos mas eficaces para precavernos.

Un librito semejante puesto en las manos de una niña de diez años, produciria mejores efectos que los de la diversion y pasatiempo; pues á la hora crítica se vendrian muchos lancillos á la memoria de la tal niña, y contendrian como con un freno sus primeros desordenados movimientos.

En fin, Señor Pensador, yo estoy paseandome en unos prados deliciosos que no existen, estoy recomendando el mérito de una obra que deseo y no se ha escrito. Quisiera á la verdad que probara V. su pluma para este utilísimo trabajo. Su génio de V. sério y observativo, su poco ó mucho mundo que tenga, su estilo adecuado para el caso, (*) me hacen creer que si emprende este trabajo, no puede ser de ninguna manera infructuoso.

Conque anime se V. y cuauyube con los buenos deseos que tengo de abrir los

(*) Favor que V. me hace.

ojos á las damas. Ello, ya advierto que es algo dificultoso; pero lo facil ni contra mérito, ni demanda recomendacion ni elogios. Lo arduo si, se debe emprender aun, que no se consiga, porque solo el pretenderlo es digno de la estimacion universal.

Estos generosos sentimientos fruto de la lectura del *Periquillo*, han agitado mi fantasia y puesto la pluma en mi mano para suplicarle á V. aunque sin mérito, que escriba una cotorra ó lo que quiera, segun la idea que le presento, y de su atencion y cortesia espero no quedará desairada su incognita servidora qua B. S. M.
= *La Curiosa*.

RESPUESTA.

SEÑORITA: la idea de V. es liberal, sus deseos apreciables y su estilo insinuante.

A pesar de todo esto, conozco lo débil de mi talento, y lo mal cortado de mi pluma para emplearlos en semejante obra.

Pero aun suponiendome capaz de desempeñar el designio de V. no quisiera conciliarme el aborrecimiento del bello sec-

so, que sería como necesaria consecuencia de las verdades que estampara.

Confieso á V. con la mayor sencillez que sea por mi edad, por mi constitucion enfermiza, por el conocimiento de mi ningun mérito, por mi esperiencia, por mi corta fortuna ó por lo que V. quiera, no me atrevo á mendigar los favores de las mis señoras; y así el temer hablar contra algunos defectos ó preocupaciones de muchas, no es por excusar sus dengues ni desvíos, sino porque presumo que algunas me contarán en el número de los segundos escritores que V. menciona.

Yo creo que algo conozco á las mugeres, y por una constante esperiencia y observacion, he echado mis pronósticos á muchas, y casi sien pre los he visto cumplidos al pie de la letra, lo que me hace pensar que quizá escribiría con tino en la materia: pero cuando así fuera, no podía menos que grangearme una porcion de enemigas, que á veces son mas terribles que enemigos; y lo peor es que me las adquiriria á mi pesar, pues no escribiría mi obra, ni acusaria de ningun defecto á las damas, del que no recayera la culpa en la mayor

parte de los hombres, lo que era un bello modo de lisonjearlas.

Pero si todo este artificio no bastaba que haríamos sino sufrir su terrible anatema, y esponernos á ser el blanco de sus maldiciones y tij retadas inexcusables?

Mas despues de todo, yo no he de desairar á V. Voy á escribir una obrita y esta no será uua novela, sino una historia verdadera, que he presenciado, y cuyos personajes V. conoce.

Por ventura se acordará V. bien de la *Quijotita y su Prima*, damas harto conocidas en esta capital. Pues la historia de estas madamas voy á escribir por complacer á V.

La una de ellas presentó todo el fruto de una educacion vulgar y maleda, y la otra el de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones.

En el contraste de estas dos educaciones se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar.

Si V. no quedare complacida, el de-

fecto estará en mi corto talento, y no en mi decidida voluntad, con que deseo servirla y me ofrezco á su disposicion como su afectísimo servidor que S. P. B.
= *El Pensador Mejicano.*

NOTA: Se continúan recibiendo las suscripciones á esta obrita, en esta oficina Calle de los Escalerillas núm. 11, y en la Alacena de libros ésta en la esquina de los Portales de Mercaderes y Agustinos, al precio de MEDIO REAL por cada número, (dándoles las estampas gratis) que se pagará al tiempo de su entrega. Las personas que gusten suscribirse por tomos, lo harán en dichos parages á 12 reales cada uno, que se pagarán adelantados y se les entregará encuadernados á la rústica.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA

CAPITULO I.

En el que se dá razon de quienes fueron estas dos Señoras, y de la primera educacion de ambas.

EN una de las casas de esta populosa ciudad vivia Doña Eufrosina Contreras, muger de Don Dionicio Langarúto, y hermana de Doña Matilde, esposa de Don Rodrigo Linarte, Coronel retirado de no se que Regimiento.

Estos últimos señores vivian pared en medio de la casa de Don Dionicio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los génios de las hermanas y concuños, porque Don Dionicio era semi-joven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo, y el coronel ya frizaba con los cuarenta y cinco años de edad: su fortuna era harto mediana, y su

carácter sério y cortesano.

El primero solo pensaba en el juego, bayles, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni extravagante, se divertía sin disiparse y se entretenía lo mas del tiempo, que tenía desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mugeres por lo comun siguen el ejemplo de los maridos, la Eufrosina era una petimetra ó curra de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeres almodonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

Dofia Matilde por el contrario, acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertía grandemente con el cuidado de este y de su casa, y cuando quería desahogarse lo hacia con su clave que tocaba diestramente.

Ya se ve que no por esto se entienda que su esposo era un mono que la pri-

vaba de otra clase de diversiones honestas. Nada menos: ella tenía y correspondía sus visitas, y se franqueaba á cuantos convites la hacian, especialmente á aquellos cuya asistencia prescribia la amistad y política; pero siempre en compañía de su esposa, y nunca tratando de sobresalir en lujo: sencillez que la hacia mas estimable de las gentes sensatas.

Sin embargo de lo espuesto de los naturales de estas dos familias, se amaban con extremo, ya por los vínculos de la sangre, y ya por la prudencia del coronel y su esposa, que jamas se oponían á sus hermanos, ni chocaban contra su gusto, antes condescendian con ellos en quanto no les era perjudicial, con cuyo arte cultivaban el cariño de dia en dia.

Tanto creció éste, que no pudiendo sufrir las hermanas la separacion de casas, aunque tan inmediatas, trataron de que se abriera una puerta en la pared que las dividia, haciendo de este modo de las dos

casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas á un mismo tiempo.

Abrióse, pues, la puerta y se estrechó mas la comunicacion como era regular, y esta puerta me facilitó observar mas de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecía á la de don Rodrigo, con quien vivia por ser mi tutor.

Casi á un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi á un tiempo dieron á luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque estos no la lograron igual en el discurso de su vida.

Doña Eufrosina despues que parió á su hija, á quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tías y nodrizas, y no la volvió á ver hasta que la sacó á Misa. Su mayor cuidado y conato fué curarse y fortalecerse con buenas gallinas y rícos vives, los dias que la preocupa-

cion (*) señala de cama á las paridas.

Con tan semejante esmero se levantó famosa y rosagante, al mismo tiempo que su hermana Doña Matilde tenia algo quebrado el color por razon de que criaba á sus pechos á su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyandola el arbitrio de no criar á sus hijos. Haces muy bien, niña, la decian, haces muy bien de no criar á tus hijos Yo así lo hago y ya vez que buena salud gozo despues de haber parido ocho muchachos.

Con razon, decia otra: yo pariera veinte y no criara uno; porque la crian-

(*) La preocupacion consiste en que sean precisamente cuarenta dias de cama y no mas ni ménos, cuando este tiempo se debiera ordenar segun la constitucion y robustez de la paciente, y no segun una rutina que inventó el chiqueo, y no la necesidad,

za acaba á las mugeres, y por fin no es moda ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las pobretas y gente ordinaria. Yase ve que si, decia otra, ¿qué dijera la Marquesa Tijereta, ni la tremenda ni otras señoritas que visitan esta casa, si vieran á Eufrosina eriendo á su hija como una chichi alquillona? ¡Jesus! ni pensarlo, decia una chatilla remilgada: á mí nada me va ni me viene; pero se me coje el corazon de ver á tu hermana Matilde cargando al nene todo el dia, y este chupándole la mitad de la vida; no envalde está la pobre tan descolorida y flaca que parece gato de azotea. ¡Qué ordinario y que mezquino debe de ser el viejo de su marido!

Yo harto me mortifico de estas cosas, respondia Eufrosina: harto le decimos á don Rodrigo, y aun nos hemos ofrecido á pagarle la chichi; mas no hay forma de entrar por el haro, siempre

nos sale con que esa es obligacion, precisa de las madres, que la que no lo hace así no merece este nombre, y otras tonterias semejantes.

Si lo creo, decia la chata: si vieras que trabajo me costó imponer á mi marido á que pagara chichiguas para sus hijos, ¡oh! eso fue mucho. Sobre que el señor mio estaba acuñado á la antigua, y presumia de muy filósofo y racional. ¡Qué sermones me echaba! ¡Qué comparaciones me ponía, y que cuentecillos me hacia leer; pero no le valió! Mi constante respuesta era decirle que todas estas eran faramallas, vejatorias y arbitrios de mezquinos: que yo era una señora decente, y era muy mal visto en las de mi rango esa clase de trabajo y tarea, propia de la gente ruin y miserable, y que por último, yo estaba resuelta á hogar á los muchachos, antes que permitir que ellos me esprimieran la última gota de mi sangre.

Cuando mi marido oía semejantes razones, hacia del enojado y se marchaba á la calle. Me acuerdo que en mi primer parto, en una de estas se fué y no vino hasta la noche sin traer chichigua, creyendo que yo me habia de hablar á los gritos del muchacho, ¿pero cuando? El lloró hasta que se cansó sin querer tomar la leche que le daban las criadas; mas nó probó la mia. Ello hubo en casa la de sanquintin cuando lo supo mi marido; pero yo conseguí salirme con la mia, y que lo criara una negra retobada como el diablo y creo que gálica, por señas que el niño se murió á pocos dias medio podrido, y desde entonces ya mi marido tiene buen cuidado de buscar chichis robustas á sus hijos.

Algunas de estas conversaciones pasaban delante de Doña Matilde, y ésta sencillamente las referia á su marido, quien la decia: hija, no hagas caso de las

producciones de esas locas. El ídolo que adoran es su carita, y con tal que ésta no desmerezca, poco cuidado se les dá de atropellar las leyes de Dios y de la naturaleza.

Mucho y bien han declamado los sábios contra éste abuso; pero nunca lo bastante para esterminarlo de las sociedades. . . .

A éste tiempo tocaron la campanilla de la escalera: abrieron el porton y entró haciendo un terrible ruido con las espuelas precipitadamente á la sala, seguido de una vieja, un payo con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos y sin quitarse el disforme sombrero dijo: Ave Maria, Señor amo. . . . ¿Que es ésto, Pascual? le preguntó el coronel: ¿Que te ha sucedido, que tienes que te bienes ahogando?

¿Que he de tener, señor, decia Pascual, (que era mayordomo de un ranchi-

to que tenia el coronel) ¿que he de tener? Estas son unas picardias, unas peraradas que no se pueden aguantar entre cristianos. No se como no quen rayos á manojos y acaban con la ciuda.

Pues vaya, repetia el coronel: ¿que te ha sucedido? = Que me ha de suceder. En malora me encargó el señor cura de mi tierra que fragiera una carta en la calle de. . . de. . . quen sabe como se llama la calle; pero ello es que el ré-tulo de la carta era para la señora Lustrina. . . Ludovina se llama mi ama que no Lustrina, decia la vieja muy enojada: ¿habrase visto! ¿que hasta eso mas es V. pone nombres? ó ya se metió á Arzobispo para confirmarla? Todo está gueno, decia el Payo; ¿como dice que se llama su ama? = La señora doña Maria Lidovina. . . Ascan, ansina, eso es, reponia Pascual: ansi se llamará, sino que como yo tengo mal guido se me habia olvidado; pero el cuento es seor amo, que llo jui

á la casa, y llegné, ¿y que hago? subo, entro de sopeton hasta la recámara, y me jallo á la señora Luterina dandole de mamar á estos dos cachorros, sin tener tanta caridá de un probe muchachito de tres meses que estaba tirado á sus pies en una saleyita, dando el probe angelito unos gritos que hasta se desmorecia, y croque era de hambre, porque se chupaba las manitas, y se rebolcaba como culebra.

Yo no me pude sofrenar, y ansi le dije á la señora: ¿no juera mas mejor que le diera de mamar á ese probe niño que al fin es cristiano como nosotros, y no á esos perros que tiene cogabos de las chiches? = Si á máno viene será su hijo el muchacho! Lumbré le quemaron en los lomos á la tal Lustrina ó como se llama; porque poniendose mas colorada que un huachichil (*) me dijo: quitese de aqui el

(*) Frijol de color punzó, que no se co

payo, bruto, barbajan, majadero, entremetido, y que le vá ó que le viene que yo dé de mamar ó no á mi hijo.? Yo le dije: si me va, porque la leche que le dá á los perros, mas mejor se la diera á ese niño, y yo no he de consentir tal picardia, y diciendo esto, le arrebaté los cachorros, y me salí corriendo para cá en casa; pero en la calle me alcanzó ésta maldita vieja, que á pura juerza quere que se los dé y yo no se los quero dar, por que son mas guenos para el rancho, á conforme estan de gordós y grandotes.

Si, señor, ansina es como el señor lo cuenta, decia la vieja: pero ya verá su mercé, que desde anoche se jué la chichi y no se jalla otra ni por Dios ni por sus Santos y por eso lloraba el niño; porque como la leche de mi ama está reteza no se la puede dar porque se empachará el pro-

me. Usase de ésta frase vulgarmente para significar que alguna persona se pone muy colorada.

brecito. ¡Mire que caso! decia Pascual; y ¿quen la ha mandado que la deje retezar? ¿porqué no le dió de mamar dende los prencipios, que á fé que no se le retezara? ¿Que cuentas tengo yo con eso, replicaba la vieja: acaso yo la mando ó es mi hija? Pero, Señor, la probe de mi ama le viene tanta leche que por mas remedios y porquerias de la botíca que le mandan los médicos no se le puede retirar, y por eso cada rato es menester que los perros le bacien los pechos; ya se ve que es tan enferma la probe señora....

¿Que enferma ha de ser? respondió Pascual: si la viera, mi amo, que colorada está y mas gorda que un marrano capon, y con dos tetas tamañotas, que á fé que para baca chichigua valia un dineral mañosa será ella que no enferma. Muy rala será la muger que no pueda criar á sus hijos por enferma. ¿No mira á mi ama doña Matildita como está criando á su niña y no

se enferma?

Pues en fin, yo no vengo á chismes ni averiguaciones, decia la vieja: deme V. mis perros y acabadas cuentas, que Dios sabe los pasos que me cuesta andar la seca y la meca en busca de los perros, y ansi averlos que ya me voy y se me hace malobra.

Pos yo no doy los perros, es gana, decia Pascual: dos tigres le diera yo para que le comieran los entresijos á su ama por berduga de su hijo, y ya se puede ir de aqui la Señara alcabuenta de los perros, por que si no, por vida mia que colicencia del amo le he de cortar las orejas con este cuchillo. Diciendo esto, se sacó de la bota un puñal y amenazó á la vieja con tan buen aire de enojo, que la pobre huyó mas que de paso, resongando sesenta retobos y desvergüenzas contra el payo; pero iba tan de prisa que por poco tira á su amo, que á este tiempo iba en-

trando por la sala, el cual se quedó sorprendido al ver á Pascual con los perros en una mano y con el cuchillo en la otra amenazando de muerte á su cocinera.

Apenas don Rodrigo advirtió, por algunas palabras sueltas que aquel caballero era el esposo de doña Liduvina, cuando, haciendole tomar asiento, lo satisfizó con toda urbanidad del desacierto de su criado Pascual. A lo que el caballero dijo: ya yo veo que este buen hombre ha hecho esto por amor de mi hijo, lo que es de mi agradecer. Tambien le tengo dicho á Liduvina que se ponga en los pezones hotellas con agua caliente, y no perros, que puedan darle una mordida y costar caro; pero ella no entra por el haro. Está decidida por los perros, porque dice que estos chupan breve y no con la broma de las botellas.

¿Pero no fuera mejor, decia el co-

ronel: que la señorita criara á su niño, supuesto que tiene tanta y tan buena leche? seguramente en este caso el niño se criara mas sano y robusto, y se ahorráran VV. de médicos, boticas, nodrizas, perros y botellas.

Es verdad, reponia el señor de los perritos; pero ¿que quiere V. S. si es menester condescender con las mugeres? Como yo estoy recién casado y la mia es joven y bonita, trata de cuidarse y es preciso darle gusto. Si fuéa fea, seguramente yo no me meteria en tantos cumplimientos: (*) ella criara á sus hijos ó no los criará; pero es de mérito y es menester cuidarla. Ahora mismo me mandó por los perros y me ha de hacer V. S. favor de que los lleve, por

(*) Es una observacion Pocas de-sairaditas por la naturaleza tienen chichiguas que crien á sus hijos; así como pocas bonitas con tal proteccion dejan de tenerlas. ¿En que estará eso?

que si no habrá en casa una del demonio.

El coronel no quizo contestar mas con aquel necio; y así mandó en tono de amo á Pascual que diera los perros á aquel señor, pues cada uno sabia lo que habia de hacer en su casa.

Pascual con alguna repugnancia volvió los perros, y el interesado los entregó á la vieja, que los recibió con mil manos, y llenandolos de besos les decia: ¡ay hijos de mi alma y en qué grandes peligros se han estado!

Acabada la ridícula ceremonia de la vieja, los envolvió en su rebozo, y amo y criada se despidieron del coronel y de su esposa; pero nó del payo, que los miraba con ojos encarnisados. Por fin se fueron, y de este modo acabó la graciosa aventura de los perritos de leche.

Luego que los de casa estuvieron solos, el coronel hizo sentar á Pascual,

y encaminando la conversacion á su muger la dijo: ¿ves confirmado lo que te acabo de decir de que es difícil esterminar este abuso de las sociedades que llaman cultas? El es tan antiguo como funestas sus consecuencias. En la historia romana se cuenta que siendo dictador Cornelio Scipion, cometieron un grave delito unos oficiales de guerra por el que fueron condenados á muerte. Se empeñó lo principal de Roma para conseguirles el indulto; mas fué en vano. El Juez estaba incesorable. Se empeñó su hermano de Cornelio, y nada pudo conseguir. Ultimamente, y por no dejar diligencia que hacer, interesaron para el mismo empeño á una hermana de leche del dictador, y apenas esta rogó por los delinquentes, cuando fueron declarados por libres. Esto no pudo menos que agraviar á su hermano, quien manifestó su queja á Cornelio; pero este se disculpó diciendole: hermano:

te aseguro que yo tengo por mas madre á la que me crió y no me parió, que á la que me parió y al instante me abandonó á ajenos brazos, pues esta no es verdadera madre; y pues solo á la que me crió tengo por madre, justo es que á ésta la tenga por verdadera hermana y muy amada.

Con tan oportuna respuesta quedó reprehendida la conducta de la madre, vengado el hijo, premiada la nodriza, satisfecho el hermano. y callada la murmuracion de los que no comprehendian este misterio.

De ios dos Gracos famosos romanos, se leé tambien que tuvieron un tercer hermano bastardo muy valeroso y afortunado en la guerra, el cual viniendo triunfante de la Asia, entró en su casa, y hallándose en ella á su madre y á su ama de leche, ó chichigua, como acá decimos, regaló á la madre una cinta de plata, y á la chichi un joyel de oro

y piedras finas. La madre se agravió por la desventaja; mas el la avergonzó diciendola: no te admire, madre, el que haga esta distincion, pues tú solamente me cargaste en tu vientre nueve meses, y nacido me echaste de tus brazos, recogíendome en los suyos mi nodriza, alimentandome y cuidandome tres años con el mayor cariño. Mira si puedo decir que le debo mas que á tí; Justa reprehension que debe escuchar la madre que con mucha robustéz abandona á sus hijos á otros brazos por el criminal motivo de no desmejorar su semblante!

Todavía no se vé en este reyno, ni Dios lo permita, otra circunstancia mas cruel en el mismo caso, que se ha visto en otras partes, y es enviar los hijos luego que nacen, á que los críe la nodriza en una aldea ó pueblo léjos de la ciudad en que viven las madres, quienes no vuelven á verlos hasta que andan, hablan y comen por su mano,

Abuso escescibo, que ha sido causa de mil equivocaciones funestas, que despues nos han divertido en comedias ó tragedias.

Reynando Alejandro en Macedonia, siendo rey de los Epirotas Artabayo tuvo este un hijo, al que desterró á una aldea en poder de una chichigua. Algunos lo supieron, y sobornando á ésta con dinero la hicieron tuviera en su casa á un niño hijo de un principal caballero, quien se llevó al hijo del Rey á su casa y lo nombró de hijo. En éste error se mantuvieron los dos niños hasta que murió el Rey padre y dejó por heredero al que creia que era su hijo, esto es, al que volvió la nodriza de la aldea. Iban ya á coronarlo cuando la ama declaró que aquel no era hijo del Rey, sino el que tenía en su casa el caballero fuláno. De esto resultaron dos partidos, y de ellos una guerra intestina tan cruel, que en ella se mataron los dos pretendientes á la corona en

una batalla, que costó muchas vidas á los infelices ciudadanos.

Por este motivo estableció el Senado una ley por la que mandaba „Que todas las mugeres criasen á sus propios hijos, „y que las princesas y señoras enfermizas „criasen á lo menos al primogénito” Yo „aseguro, dice un autor español: (*) que „no dejará de haber algunos mayorazgos „sin hijos ni herederos, y que los legítimos andarán, tal vez, vendiendo arena „y ladrillo ó siendo peones de albañil. Lo „cierto es, que solo el que cria la madre á sus pechos puede asegurar que es „su hijo, ó el que se cria en casa y siempre á la vista.

Aquí no hay tanto ecceso; pero yo he conocido mas de dos señoras que luego que paren, entregan el niño á la que se encarga de cuidarlo y criarlo, y no lo vuelven á ver hasta que anda. Tu cono-

(*) D. Estevan Colomer.

ces á tu hermana, no es necesario ir muy lejos.

La enfermedad verdadera ó una causa legítima como la conservacion de la pública honestidad, escusan á las mugeres de criar ellas mismas á sus hijos. Una madre que no puede lucir el fruto de su vientre sin detrimento de su honor, ó una contagiada del mal venereo ú otra igual, no debe criar á sus hijos, está escusada de esta obligacion. Però en este caso se debe pulsar con mucho tiento la eleccion de las nodrizas, y no dar al niño la primera que se halla á mano. „Cuando las madres no pudieren criar á sus hijos por alguna razon de primera necesidad, dice un sábio escritor de nuestra Méjico (*) juzgo que deben buscarse unas nodrizas virtuosas y con proporcion á la naturaleza del niño. Por lo que respecta á la pureza

(*) El Lic. Barquera en los diarios de esta capital de Diciembre de 1816.

de costumbres, encarga San Gerónimo que no sea vinosa ni lasciva ni patrañera: Plutarco y Ludovico Septalio quieren que las nodrizas sean de una complecion muy semejante á la de la madre; pero, en especial que sean sanas, y de buenas costumbres, apacibles, castas sóbrias y afables. La l. 3. tit. 7 de nuestro código español dice: „que deben darse á los niños amas sanas, robustas é de buen linage cá bien como el niño se gobierna é se cria, en el cuerpo de la madre fasta que nace, otro si se gobierna y se cria del ama desde que le da la teta, fasta que gela tuelle. é porque el tiempo de la crianza es mas luengo que el de la madre, por ende no puede ser que no reciba mucho del contenente é de las costumbres de la ama” No está la naturaleza un punto ociosa; pero la tiranía de muchas madres fustran sus fines con notable daño de la humanidad.”

„Las nodrizas deben ser de veinte

á treinta y dos años: la leche no ha de pasar de quatro á cinco meses: que no hayan tenido partos dificiles: que tengan, si puede ser, el pelo negro ó castaño; porque las rubias ó asafanadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd, quien quiere que no tengan mal olor en la boca, y la dentadura blanca y fuerte, pues esta es señal de buena linfa, y por consiguiente de leche muy buena.”

La leche para ser buena debe ser blanca, sin olor, y de poco sabor; no muy aguada ni muy espesa, sino de un medio racional, pues será mala la amarga ó salada, de color desigual y muy espesa ó muy delgada. . . .

Finalmente, del régimen de vida de las que crian depende generalmente la buena ó mala constitucion de los niños; pues se ha observádo que aun las compleciones mas débiles y enfermizas se han restaurado con encomendarlas á una

nodriza robusta y cuidadosa de sus obligaciones, lo que no se paga con ningún oro. Semejantes nodrizas deberían ser premiadas con un lugar distinguido en las familias, y aquellos niños que se han alimentado á sus pechos debían apreciarlas como á segundas madres, cuando crezcan y se vean en unos puestos capaces de influir á sus comodidades con su protección.”

Por el juicioso discurso de este escritor advertirás que hay ocasiones en que es indispensable el saberlas elegir adornadas de las cualidades dichas, ó siquiera con las menos tachas que se pudiere.

Esta indulgencia se estiende á las madres que por una causa legítima no pueden criar á sus hijos; no á aquellas que por no acabarse y por no ponerse descoloridas buscan pretextos de debajo de la tierra, aparentando enfermedades que no tienen, lo mismo que para no ayunar las que pueden; y lo peor es que se ha-

llan médicos liberalísimos para lisongear con su opinión el deseo de las pretendientes. ¡Pobres médicos! No obstante, si tu quieres... ¡Ay! no, ni pensar lo, decía la amante Matilde. ¿Yo había de abandonar á mi hija á otros brazos por no ponerme descolorida? Así entendiera morirme. Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos la quiero mas que nunca. Es imposible que mi hermana quiera á Pomposa como yo á esta peloncilla de mi vida.

Diciendo esto la apretaba y la llenaba de besos con la mayor ternura; y el coronel rebozando la satisfacción que sentia en estas escenas, abrazaba á su esposa y la decía: tú, si eres verdadera madre, tú, si cumples con los deberes de la naturaleza. Ella, yo y tu hija tenemos en ti el imán de nuestras delicias. La naturaleza humana reconose en ti un individuo suyo propio, yo una digna esposa, y tu hija una

amante y verdadera madre, bastante á desempeñar este sagrado título.

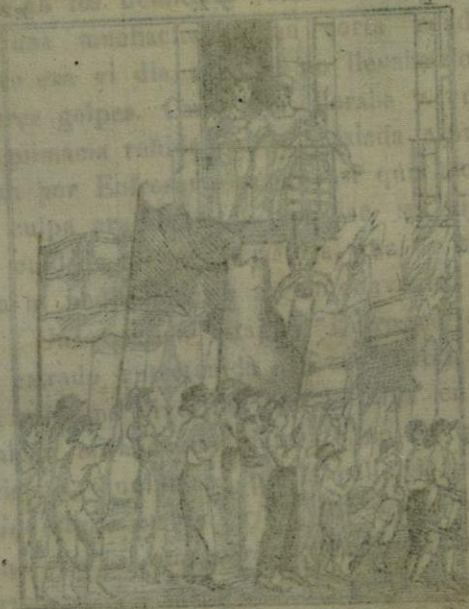
Así pasaron como dos años en la primera crianza de estas niñas, alcabo de los cuales observé lo que leereis en el capítulo segundo.

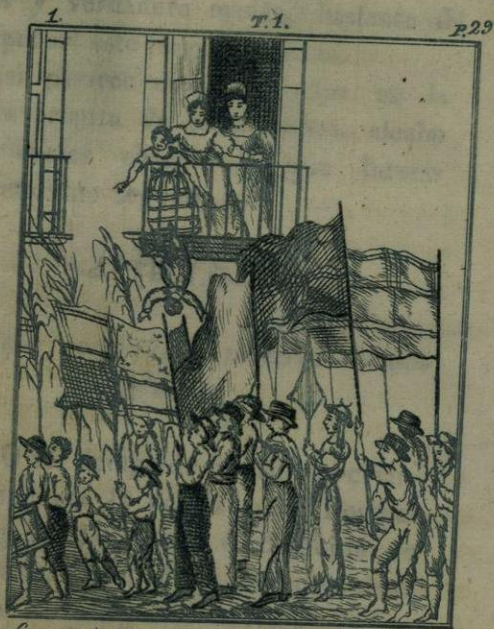
CAPITULO II.

En el que continúa la materia del antecedente.

PASADO el tiempo de la primera crianza y despedida la nodriza, fué Pomposa entregada al cuidado ó descuido de las pilmamas. Como el fin era quitarsela de encima á toda prisa, acomodó Eufrosina á la primera que se le presentó, y era una pobre indita como de ocho años, es decir, todavía necesitaba que la cuidasen.

A esta gran persona entregó Eufrosina su hija con la mayor confianza, y





Se arrojó tanto para verlo q' queria, q' colgándose demasiado la criatura, quando quiso no pudo impedir se le deslizará de los brazos.

ya se deja entender qué segura estaría esta en los débiles y aturdidos brazos de una muchacha de tan corta edad. Raro era el día en que no llevaba dos ó tres golpes. Cada rato lloraba y era la pilmama reñida con demasiada aspereza por Eufrosina, siendo así que toda la culpa era de esta, por fiar su hija al cuidado de una criatura, que no sabía ni podía tenerlo según convenia.

Una ocasion estando Eufrosina en el estrado entretenida con sus visitas, y la pilmama divertida con la niña en el balcon mirando un victor ó no se que friolera, que pasaba por la calle, se empinó tanto en la verja para ver bien lo que queria, que colgándose demasiado la criatura, quando quiso no pudo impedir que por su propio peso se le deslizara de los brazos y fué á dar al suelo, en donde hubiera dejado los sesos con la vida, si por una casualidad no hubiera caido sobre un monton de

6.

lana, que habian sacado á asolear unas pobres que vivian en la accesoria que caía bajo del balcon.

Este afortunado accidente escapó á la niña de la muerte y de que recibiera el mas mínimo daño.

No corrió igual suerte la infeliz María, que así se llamaba la pilmama, pues alborotada Eufrosina con el fracaso, y aun despues de tener á su hija buena y sana en sus brazos, llena de la ira mas nécia é implacable, arrebató á la pobre muchacha, la arrastró por la sala, la pateó, la desgrenó y la dió tal tarea de golpes, que si no se la quitan las visitas la mata sin remedio.

Finalmente, la triste muchacha se levantó del suelo toda aporreada, hecha pedazos y bañada en sangre, y tomó salir llorando de aquella funesta casa á curarse á la suya, dejando en poder de su ama su salario para siempre.

Eufrosina no se hizo cargo de que

su desazon y su imprudencia fuéron los que arrojaron á su hija del balcon, sino que lo atribuyó al descuido de la maldita muchacha pilmama, como solia decir, y así conforme á este falso juicio, trató de que viniera otra, porque su hija le pesaba demasiado en los brazos. Para esto la encargó por todas partes, teniéndolo á lo menos el cuidado de solicitarla grande, para que no se volviera á repetir la amarga escena del balcon.

Es menester decir en este lugar, en obsequio de la piedad é ilustracion de Eufrosina y sus visitas, que no se olvidó de dedicar á cierto Templo un gran retablo representativo del milagro tan patente. Dije á cierto Templo y no á cierta Imagen, porque en el retablo estaban pintados diversos santos, segun fuéron los invocados por las visitas; y así despues del pasage, se trabó entre ellas una disputa tan ridícula como acalorada acerca del santo que habia hecho el milagro; de

suerte que cada una lo pedia para su santo, hasta que la pluralidad de votos se resolvió que todos se pintaran en el lienzo, y quedó el milagro en opiniones. ¡Contención pueril y propia de gentes que tienen poco conocimiento de su religion! En otro lugar esplicarémolos que son milagros, cuales favores, quien los hace y porqué.

En efecto, á los dos dias acomodó Eufrosina á una pardita bonitilla como de diez y seis años, muchacha muy viva y alegre, que cuando estaba delante de ella que era muy rara vez, hacia á la niña mil mimos y zalamerias con que dejaba á su madre lela, y la dispensaba esta tanta confianza, que la permitia salir á la calle cuando se le antojaba, con achaque de divertir á la niña.

Cada rato estaba ésta empachada sin saber porqué. Ya se vé, la pilmama nunca decia que le daba peritas verdes, tejocotes, chicharron ni otras porquerias

semejantes; pero así lo hacia, como lo hacen las muchachas para que la niña no lllore, para que no se le salte la hiel ó se le rebiente un ojo. La pobre criatura comia aquellas golosinas, perniciosas, con la misma indiscrecion conque se las daba la pilmama, y derrepente perdía la gana de comer, padecia ansias, licuaciones, calenturas, meteorismos, ó aventazones y todos los síntomas del infarto.

Luego que se avisaba á la madre del estado enfermo de la niña, se congregaban las amigas viejas y mozas y se comenzaba la ordinaria cancion de: ¡Virgen! ¿Que tendrá la niña? ¿Que será esto? ¿Que habrá comido? ¿Que le has dado, Francisca &

Pasadas estas importunas esclamaciones, se resolvia por la junta de medicas, que aquello era empacho, y se recetaba de palabra la col de china, el pollo prieto molido, el azogue, la manteca y otras drogas tan inútiles como sucias. El mal mil ocasiones no cedia, y era preciso

recurrir al médico, quien echaba mano del Jarave de durasno, oesimiel scilitica, hipecacuana, ruibarbo, tártaro emético y cuantos lajántes vomitivos y purgantes consideraba útiles en el caso, á los que sedia el mal; pero apenas convalencia la niña, cuando recaia; así porque la pilmama no se abstenia de darle porquerias, como por que su estómago quedaba siempre mas débil de resultas de la anterior enfermedad.

Así pasó esta pobre criatura su primera infancia, llena de achaques y dolencias, hoy con una pilmama y mañana con otra; y si tan mal le fué en su crianza física al lado de estas ¿qué sería en su educadion moral? Sin duda debía ser conforme eran sus primeras ayas ó cuidadoras con quienes estaba contiuanamente.

Unas eran soberbias, otras desvergonzadas, esta vengativa, aquella embusterá y todas como se puede considerar.

Con esto, de unas aprendió á llorar por cuanto queria y á enfadarse si no se lo daban pronto, de otras á levantar la mano para cualquiera, de otras á pedigueña, de otras á remedar á todo el mundo y sacar la lengüita con mofa, de otras á temer al coco, al viejo, á la bruja y á los aposentos sin luz, y de todas á ser, en cuanto su edad le permitía, la muchacha mas nécia, atrevida y maleriada. Bien, que todas estas pasaban por gracias entre sus padres, parientes y domésticos. Ya en el discurso de esta historia iremos viendo el fruto de este criminal abandono.

Muy diversa fué la conducta del coronel con su hija, pues á esta la buscó para pilmama, no la primera que encontró, sino una niña decente aunque pobre, humilde, bien criada y recogida, á la que ni el ni Matilde trataban como criada sino como hija, ni se separaba de su vista para nada. Con

esto sucedieron dos cosas muy interesantes. La primera, que la noble pilmama los amaba á ellos como padres y á la niña como hermana, y la segunda, que no tenia lugar de darle golosinas dañosas, ni de enseñarle vicios que ella misma ignoraba. Con estas precauciones se crió la niña buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu; lo que fué principio de su felicidad como veremos. ¡Tanto valen estos primeros cuidados en la infancia!

Frecuentemente decia el coronel á Matilde: no puede reprobarse el uso de las pilmamas, porque aunque el cuidado de los hijos es privativo de las madres, no siempre estas tienen todo el lugar necesario para el caso, y muchas veces les falta la aptitud que se requiere. Lo primero acontece á los pobres, y lo segundo á las enfermas. Asi es que se ven como obligadas á solicitar quien las ayude; pero cuando esto sea, deben,

en cuanto esté de su parte, procurar que sus hijos se entreguen no solo á una muger juiciosa, y capaz de encargarse de un cuidado como este, sino que, si es posible, se deben buscar para pilmamas mugeres de virtud y de talento.

Acaso te parecerá esto una nimiedad, mucho pedir, y tal vez un imposible; mas no hay tal. Cualquier diligencia que se haga para esto, cualquier trabajo que se tome, y dinero que se gaste, no esta por demás, considerando lo grande del objeto y las ventajas que se logran.

Se cree, y se cree mal, que las pilmamas solo deben servir para cargar y divertir al niño, y no para enseñarle alguna cosa buena. Semejante equivocacion hace que se valgan las madres de la primera que se presenta, aunque sea una muchacha pequeña, una enferma, loca, viciosa ó nécia, y esté equivocado proce-

der, hace que los niños se crien golpeados y enfermos, ó que se contagien con alguna enfermedad peligrosa. Esto lo demuestra la esperiencia cada dia. Cuantas veces vemos á niños de padres robustos, llenos de sarna, granos, escrófulas, gíotes &c? ¿De donde pueden adquirir estos males, sino, mil veces, de las pilmamas enfermas, con quienes andan continuamente, duermen, comen, y trasudan?

Ya vez aquí un principio de un mal físico, dimanado de la ninguna elección de las madres cuando tratan de acomodar pilmamas á sus hijos. Pues de esta mala elección resulta tambien otro principio de mal moral. ¿Que son por lo comun las pilmamas? Cuando no sean viciosas, son demasiado ignorantes, y ¿que aprenderán los niños con la continuada compañía de una muger llena de vicios, ó de errores ó de todo junto? Seguramente todo, pues, en los primeros años te-

memos la aprehención muy viva y retentiva tenazmente y con gusto lo primero que oímos ó vemos.

Aquella demasiada libertad que se concede á las pilmamas para que saquen los niños á la calle con el pretesto de que los diviertan, y por no oírlos chillar, tambien es origen de mil daños, pues por un amor mal entendido les dan cuantas frutas y alimentos comen, sin distinguir lo verde de lo maduro, lo suave de lo de difícil digestión, ni lo sano de lo nocivo, y de aquí resultan tambien los granos, la sarna y los infartos repetidos.

Todavía sufren mayores perjuicios los niños abandonados á esta clase de libertad. Mordidas cariñosas, pellizcos de enfado, estrujones de venganza, y golpes de accidente son los gages que reciben casi siempre de sus buenas pilmamas. ¡Cuántos niños han sido tristes víctimas del descuido de las madres en esta parte, y de la indolencia y perfidia de sus

pilmamas! Un famoso médico de Edimburgo fué llamado á una de las principales casas de la ciudad para que curara á un niño de dos años, acometido de un terrible mal que no se conocía. Llegó el médico y halló al niño todo torciéndose, en un continuo grito, muy renegrido y casi con la convulsion de una mortal alferecia. El médico le aplicó lo mas específico del arte; pero todo su empeño y habilidad, toda la eficacia de los remedios y el cuidado de la madre fuéron inútiles. El niño murió entre terribles ansias. Admirado el facultativo de la tenacidad del mal, y deseoso de indagar la causa de su resistencia, hizo desnudar al niño y le encontró en el espinazo clavado un fístol hasta la cabeza. ¡Cual seria entonces su asombro, y cuanto el sentimiento de la madre al saber que la pilmama, por una cruelísima venganza, habia cometido semejante atroz infanticidio! Tu eres madre y lo dejas á tu consideracion.

Si un caso tan funesto fué el único en su especie, se podria tener á dichas; pero son mas frecuentes de lo que se piensa, aunque no sea con tan criminales circunstancias. En esta ciudad han volado de los brazos de las pilmamas á la calle algunas criaturas, de las cuales unas han muerto y otras han quedado lastimadas y contrahechas. Por meterse á ver un pleito una de esas pilmamas paseadoras, le tocó al niño que llevaba, una pedrada en la cabeza, de la que quedó en el sitio: otra mientras reñía con una muger sobre zelos, puso al niño en el suelo, y pasó sobre él á este tiempo un caballo y lo mató.

De estos ejemplares ha habido varios y las madres no escarmentan. Deberian no apartar jamás sus hijos de su vista, y así los tendrian mas seguros, mas sanos y mas bien criados.

Volviendo á Eufrosina digo: que apenas cumplió los tres años su niña,

cuando á pretesto de que ya era grandisita y perdía tiempo, la puso en la amiga, y aun procuró persuadir á su hermana Matilde hiciera lo mismo con Pudenciana.

Pero Matilde acostumbrada á no hacer cosa alguna sin parecer de su marido, comunicó con este los consejos que le habia dado Eufrosina, á lo que el coronel la contestó de este modo: hija, no creas que tu hermana trata del bien de su niña, cuando la separa de su lado en una edad tan insuficiente para aprender, ni la mueve á esto el deseo de que sepa la doctrina cristiana, ni quitarla del Sol, ni otra causa de las que alega. El deseo de su mas completa libertad para prenderse y pasear, es el motivo legitimo que tiene para separar de sí á su criatura; y á tí te aconseja de igual modo, ó para que estes espedita para acompañarla á sus bureos, ó para que tu diversa conducta no la sea una tácita reprehension.

Mas yo me hallo muy distante de conformarme con su modo de pensar en la materia. No, no enviaré á mi hija á la amiga tan fuera de tiempo. Estoy confiado de que eres buena madre y la quieres mucho, y por lo mismo no te será gravoso el cuidarla en tu casa, ni el sujetarte por ella ó privarte de algunas diversiones.

Ya se vé que no, decia Matilde: yo lo haré de muy buena gana; pero me hace fuerza oír decir que tres años no es edad suficiente para enviar á las niñas á la amiga; porque las he visto enviar mas chiquillas hasta de dos años, ya se vé qué digo de dos años? si las he visto destetar en la amiga.

Yo no pongo duda en eso, decia don Rodrigo; pero mientras menos edad tengan, menos tiempo es de enviar á las criaturas á esas escuelas ó casas de enseñanza. Solo en el caso muy apurado de que la madre sea muy pobre,

44.
sola, que tenga que buscar el pan y ni pueda cargar con su hijo, ni tenga a quien confiarlo mientras vuelve, solo en este caso, digo, aprobaria yo que lo dejara en la amiga, porque esto era menos malo que dejarlo abandonado á su indiscreccion; pero una muger de proporciones como tu hermana, no tiene disculpa para hacer tales sacrificios solo por contentar su libertad.

Y no te escandalices de oirme decir que es sacrificio enviar á los niños á la amiga tan temprano, porque lo es en realidad. No lo digo yo, los médicos sábios y los documentistas sensatos son de este parecer; porque la imprudencia en que por costumbre, por necesidad ó por ignorancia incurren las mas ó todas las maestras y maestros de tener sentados á los niños cuatro horas por la mañana y tres por la tarde, es á costa del sacrificio, que sin malicia hacen de su salud.

45.
No te admires, vuelvo á decirte, La constitucion fisica de los niños en su tierna edad, pide para su robusta formacion respirar el ayre mas libre, hacer el mayor ejercicio y tener el espiritu tranquilo; porque entonces es cuando sus fluidos necesitan de circular con mas rapidez para vigorizar las fibras y que estas se desarrollen sin el menor embarazo; para esto es necesaria la buena digestion y traspiracion, á la que cuadruva, mas que nada, el ejercicio corporal y la quietud del ánimo; lo que no se logrará perfectamente atemorizando al niño, ni obligándolo á estar sentado mucho tiempo; pues semejante posicion le es tan violenta como natural el estado de la accion y movimiento. En virtud de lo que te digo, mira tu si será un sacrificio el enviar á los niños tan temprano á esas amigas ó casas de enseñanza.

Estoy por convencerme, decia Matilde: estoy por convencerme de estas razones.
8.

ziones, aunque no las entiendo bien. Solo quiero que me espliques ¿como es eso de que las criaturas estan sentadas á fuerza y contra la naturaleza, que eso pienso que quiere decir lo que me has dicho de que tal situacion les es violenta?

Muy bien, decia el coronel con gran cachaza: dime: ¿Si á ti te obligaran á cuartazos ó á regaños á andar brincando y saltando todo el dia, lo hicieras de buena gana?

Ni de buena ni de mala, decia Matilde riendo á careajadas: ¡que chulanduviera yo tan larga y saltando y brincando sobre los canapees y sillas de casa lo mismo que una ardilla = Pero si te hicieran saltar á fuerza ¿que habias de hacer? no no saltara, decia Matilde, aunque me mataran. Vaya, eso es decir, hija, contestaba el coronel: eso es decir; pero el rigor obliga á mucho mas aun concediendote esa fortaleza; que no tendrías, los niños no son capaces de ella;

porque ni su razon ni su capricho pueden balancear contra el temor que les inspira la sola amenaza del castigo. Mas pre-cindiendo de esta fortísima razon, tú de liso y llano confiesas que te seria muy violento el saltar y brincar todo el dia, y que ni aun oprimida por la fuerza lo harias ¿no es esto?

Asi es, decia Matilde: me seria no solo violento pero pesadísimo tal ejercicio, porque ya mi edad no es para brincar y saltar como perrito de faldas. Pues has caido, contestaba su esposo: tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el dia para un adulto. Cada edad tiene sus peculiares propenciones y apetitos. Es menester conocer esta verdad para ser mas indulgentes con los hombres, y mucho mas con los niños.

Yo convengo con tu parecer, decia Matilde: pero pienso que á pesar de las razones que alegas, estamos los

padres de familia obligados á enviar á nuestros hijos cuanto antes á las amigas, ó migas, ó como las llaman, para que se instruyan temprano en la ley de Dios, y para que aprendan á leer, escribir, coser, bordar y lo demás que deben saber segun su clase; y esto creo que debemos hacerlo aunque sea á costa de ese sacrificio que dices, y mas que teman el enojo ó castigo de los maestros, por que no me negarás que el refran antiguo dice que la letra con sangre entra, y la labor con dolor, y ya tu sabes que los refranes antiguos son evangelios chiquitos.

No todos, decía el coronel: es verdad que hay muchos proloquios comunes, que incluyen unas sentencias morales ó políticas, y que son no solo siertísimas sino recomendables y santas; pero á la vuelta de estos hay no pocos que son unos desatinos garrafales y unos despropósitos, que sin mas apoyo que la antigüedad de su origen, han halla-

do abrigo en muchas cabezas á la sombra de la ignorancia y la preocupacion. Uno de estos es el que acabas de citar á favor de tu opinion. ¿Quién te ha persuadido, hija, que la letra con sangre entra? Esta es una mácsima tan falsa como cruel, y tan inpolítica como nécia. Nada entra con sangre á los racionales: el rigor solo sirve de embrutecerlos, de agitarlos y envilecerlos. La esperiencia diaria enseña que el muchacho muy regañado y muy golpeado, lejos de aprovechar lo que se quiere, por lo ordinario sale flojo y sinvergüenza y abandonado: al principio teme mucho y se atolondra, despues teme menos y se descuida de propósito, y últimamente no teme nada, ódia á sus verdugos, y se hace el ánimo de no complacerlos en cosa alguna, solo porque ellos se lo mandan, y esto lo lleva á efecto á costa de su pellejo, mientras está en estado de sufrir, que en llegando á criar

alás levanta el vuelo, se subtrae del dominio de los que así lo han tratado, se entrega á rienda suelta á sus pasiones y se pierde sin remedio. A estos muchachos conocen bien con el nombre de *curtidos*. ¿No es verdad? ¿No conoces algunos, de los que se dice: ya éste no le hace caso á los azotes, ya está *curtido*? Pues ya ves el fruto que se debe esperar de un tratamiento rigoroso con los niños, y cuan léjos está el imprudente castigo de facilitar su enseñanza. ¡Gracias á Dios que en el día ya se vá conociendo esta verdad, y se vá desterrando de las clases y casas de enseñanza el rigor el azote y la vileza, que por tanto tiempo se creyeron los medios mas pronto, eficaces y seguros para enseñar á los niños.

En verdad que estoy por convencerme, decía Matilde pero mis tias, mi hermana, y las amigas de mis tias me dicen muy al contrario. Esto es: que

conviene educar á los niños muy temprano, y tratarlos con la mayor severidad, sinó se crian los muchachos malcriados.

Nada mas has hecho, respondió el coronel: nada mas has hecho, que confirmar que estas preocupada en favor de la doctrina que te han inspirado tu hermana, tus tias, y otras personas y viejas tan ridículas é idiótas como ellas.

Sé que hablo contigo, que me amas, te merezco buen concepto, y al fin has de adherir á mi opinion: por eso me esplico con tanta sencillez, pero no quiero que por amor ó por respeto coincidas con mis ideas, sino persuadida por la razon, la esperiencia y la autoridad.

Por la razon, debes convencerte de que los niños racionales no se deben enseñar como si no lo fueran, igualandolos al elefante, al perico, y al oso, al mono, al caballo, al perro, y á otros brutos, á quienes tambien se enseñan muchas

cosas, ó por medio de la industria tenaz, ó por el del castigo sin regla; pues vemos que los niños aprenden mil cosas muy breve; aun cuando no se emplean para ello estos dos medios, destinados privativamente para los brutos.

Esto que la razón dicta, confirma la experiencia. Tú misma sabes cuántas monaditas enseñaste á tu hija siendo tiernecita, y aun cuando ni sabia hablar, ni entendia mejor que ahora lo que la enseñabas; y sin embargo, admirabas la prontitud con que aprendia á hacer mil monerías, y las aprendia á hacer breve y sin que empleases para ello ninguna severidad: luego el rigor y el castigo no es el único ni el mejor medio para enseñar á los niños, pues vemos que éstos aprenden sin él.

Bien está, decía Matilde; pero si mis tías dicen que no se puede menos, y que ya tardamos en enviar á la amiga á Pudenciana, porque mientras mas gran-

de sea, mas trabajo costará que aprenda; que quieres que yo diga cuando sabes que mis tías son unas señoras muy cristianas, prudentes y sabias, y sobre todo ya tan ancianas, que es fuerza que sepan mas que yó, porque la experiencia y el mundo que tienen las ha enseñado.

¡Valgate Dios, por experiencia! decía el coronel: ¡valgate Dios, por experiencia, por mundo y por viejas que te tienen preocupada! Yo conozco que eres dócil; pero por desgracia, sorprendieron esas señoras y otras personas vulgares tu docilidad á su favor, desde tus tiernos años; y te llenaron la cabeza de mil preocupaciones é impertinencias, de que no es muy facil te desprendas.

No me admiro de que asi te haya acontecido, ni eres tu sola la que cae en estos lazos. A muchas personas conozco contagiadas de esa misma peste; pero ¿que personas? De aquellas que se llaman gente décente, y que huyendo de ser y

parecer vulgares por su nacimiento, educacion y destinos, lo son, á su pesar, por sus opiniones é ignorancia.

○ Ello es un mal mas comun de lo que se cree; y cuando las preocupaciones se maman con la primera leche, cuesta mucho trabajo abandonarlas: á veces se resiste á toda la persuacion, y entonces la enfermedad es incurable.

○ Yo no desespero de curarte de esta, pues te he curado de otras necedades que te habian inspirado las mismas maestras. Mira, hija: la primera preocupacion ó engaño en que vives es pensar que tus tias y cuantos viejos y viejas te dicen alguna cosa, son sábios, y que en fuerza de sus años no pueden engañarte ni engañarse. Este es un error tan comun como eraso.

○ Es verdad que los viejos son dignos de la veneracion de los mozos; y así se lo debes inspirar á tu hija; porque tal respeto es un homenaje debido á la vejez. Tambien es cierto que debemos escuchar

á los ancianos con atencion, pues por lo ordinario, hablan con juicio y madurez; y aun cuando carezcan de principios científicos, realzan y autorizan su conversacion con hechos indubitables de que tienen suficiente experiencia.

○ Todo esto es cierto; pero no lo es menos que éstas no son reglas generales; antes bien tienen mil excepciones. Todos los dias y en todas partes vemos viejas y viejos necios, supersticiosos y embusteros. . . No, decia Matilde: mis tias no son embusteras ni supersticiosas. Yo las tengo por muy buenas cristianas. ¡Ojala fuera yo como ellas!

○ No te enojés, hija respondia el coronel: yo no hablo precisamente de tus tias. Las conozco y las amo. Sé que son muy buenas señoras y que si te han metido en la cabeza algunas vulgaridades, no ha sido por malicia, sino por falta de instruccion; pero de cualquier modo te han perjudicado.

Ya ves que para romperte la cabeza lo mismo será quete den una pedrada por dar á otro, ó que te la disparen con punteria, y el médico que desee curarte, se hará cargo de la incision sin necesitar saber como te dieron la pedrada. ¿No es esto?

Es así, decia Matilde: ya te entendí; pero ¿á que viene eso? A hacerte ver, respondia D. Rodrigo: que no debemos creer á puño cerrado todo cuanto nos digan todos los viejos solo porque son viejos, pues así como la verdad no pierde nada en boca de los niños, asi el error y la mentira no dejan de serlo en boca de los viejos; y tales hay que sin embargo de sus canas, son harto necios, superstitiosos y embusteros, segun te acabé de decir, y como tu misma lo habrás experimentado por tus ojos. Acuérdate cuantas veces has criticado conmigo las conversaciones de don Tadeo y doña Sinfrosina.

Bien me acuerdo, decia Matilde; pe-

ro si esos señores son insufribles. A cada paso sacan lo de su tiempo, y nada de lo del nuestro les contenta. Son como aquellos que no saben alabar mas que su tierra, y apodan cuanto ven en otra. ¿Quien ha de tener paciencia para oír hablar siempre de pretinas, vigotes, guardapieses, cofias, cotillas y dengues, apocando de paso los túnicos, tápalos, mantillas y cuantos trages se usan en nuestros dias? ¿Ni quien ha de creer que antes éran los hombres mas justos y las mugeres mas recatadas que hoy, como nos quiere persuadir don Tadeo? Tu me has dicho y yo lo creo, porque me lo has hecho ver, que el mundo siempre ha sido mundo y que desde su principio rompieron los hombres en maldades, han seguido, y no cesarán de ellas hasta que arda todo como Troya.

Tambien me has dicho que siempre ha habido hombres timoratos y mugeres arregladas: que al variar de vestir, comer &c. se le ha llamado *moda*, y que es-

ta variación ha sido muy continuada en las partes de la tierra, especialmente en la Europa En fin, me has dicho tanto que ya no me acuerdo; pero he quedado asegurada de que don Tadeo es un tonto y la buena vieja de su muger otra simple.

No me disgusta ese concepto que te has formado de ellos, decia el coronel: porque el hombre ó muger que por capricho, pasion ó ignorancia pretende que le crean un absurdo sobre su palabra, merece que le tengan por un tonto.

Pero dime: ¿que juicio has formado del maestro barbero de casa? ¿Este á lo menos no te deberá tan mal concepto?

¿Como no? decia Matilde, riendo de muy buena gana. Ese pobre abuelo me debè peor concepto; porque no solo lo tengo por tonto sino por mentiroso. ¡Jesus que hombre! no tiene palabra de verdad, y luego cuenta unos cuentos y unas mentiras impasables. = Pero eso lo cuenta por divertirnos. =

¿Qué por divertirnos! ¿no vés que formal se pone y como se enoja cuando le digo que es mentira lo que me cuenta y que no lo creo? pues una vez que se incomoda porque no lo creo, es prueba de que quiere que trague sus mentiras por verdades. Yo ya ni le contesto: me enfada mucho un viejo majadero.

¡Ah! cen que tú conoces algunos viejos tontos y majaderos, cuyas conversaciones te disgustan y cuyas patrañas te enfadan? decia don Rodrigo prosiguiendo: despues de todo, hija, tú tienes razon ¿qué dijeras si supieras que el mismo Dios por el eclesiástico nos dice: que tres cosas abomina y detesta de todo corazon, á saber: el pobre soberbio, el rico embustero y el viejo fatuo é insensato?

Conque ya estamos en que hay viejos tontos, majaderos y viciosos. Ahora ¿en que piensas consiste que haya

tal clase de viejos, que no son muy pocos? No sé, decia Matilde.—Pues sabete que no consiste en otra cosa sino en que de mozos no cultivaron ni la ciencia ni la virtud. Cuando jóvenes despreciaron los libros, mofaron á los sábios, huyeron de los arreglados y timoratos; y así por necesaria consecuencia, cuando viejos unos son unas máquinas semovientes, y otros (estos son los peores) sobre necios, son unos viejos escandalosos y detestables, que tienen que sufrir infinitos desprecios y burlas. ¡Justo castigo de su pereza y abandono! por que lo que se siembra en la mocedad, eso se cosecha en la vejez, y esta suerte corren las mugeres lo mismo que los hombres.

Todo está muy bueno, decia Matilde: estoy convencida de esas verdades; pero ¿á que ha venido toda esta charla? comenzamos por los niños y hemos acabado por los viejos.

Esto es lo que sucede diariamente en las conversaciones familiares, decia don Rodrigo: se comienzan por una cosa y acaban por otra muy distinta; pero yo ahora no he perdido de vista el asunto principal de la nuestra. Cuanto hemos hablado se ordena á enseñarte que así como hay viejos sábios, hay viejos ignorantes; pues nadie adquiere talento, virtud ni erudicion solo por haber nacido antes que otros.

¿Eso quien te lo niega? decia Matilde: ya sabemos que el que de mozo no se instruyó, de viejo será un necio como un cualquiera, sin que sus años le sirvan de otra cosa que de acusarlo de su inaplicacion ó pereza.

Pues me alegro de que te halles penetrada de estas verdades, decia don Rodrigo: y segun ellas, desde luego no creeras cuanto te han contado ni te cuenten tus tias, solo porque son viejas; porque no debemos cautivar nuestro en-

tendimiento á sola la autoridad, sino ha-
 llamos apoyo en la razon ó en la espe-
 riencia. Solo en materias de fé no ca-
 be esta regla; pues debemos sujetar el
 juicio á la revelacion, de que tenemos
 noticia por una tradicion antigua é inal-
 terable; circunstancia que aun según el
 criterio humano, apoya con mucha so-
 lidez la verdad de nuestra religion. Qui-
 za otra vez te hablaré de esto con mas
 espacio. Por ahora repito, que solo en
 materias de fé hemos de creer con su-
 jecion á la autoridad; pero en materias
 humanas somos libres para examinar si
 puede una cosa ser verdad ó no, sin
 miramiento alguno á la persona que lo
 dijo; y cuando la razon ó la esperien-
 cia nos persuadan que es falso lo que
 ños han dicho, no solo podemos, sino
 que debemos despreciarlo; sea cual fue-
 re el autor de la tal patraña.

Mas cuando la cosa que nos dicen
 se halla, ademas de confirmada por la

razon y la esperiencia recomendada por la
 autoridad de los sabios, entonces sere-
 mos insensatos ó locos si queremos re-
 sistirnos á su creencia. Por ejemplo: si
 yo quisiera persuadirte que no se debe
 castigar á los niños con dureza, con ven-
 ganza ni frecuencia, porque tal modo
 solo sirve de hacerlos estúpidos, sin ver-
 guenzas é incorregibles; y esto quisiera
 yo que lo creyeras solo por que soy
 coronel y tu marido, sin darte otra ra-
 zon, seria una necedad mia, y tú no
 deberias creerme, si tenias otras ideas
 que te convencieseran de lo contrario;
 pero si despues de haberte señalado la
 causa de lo que te digo, por la razon
 y por la esperiencia, añadiera las au-
 toridades de un Ciceron, de un San
 Geronimo, de un Blanchard, de un Fene-
 lon y de otros varios; que van confor-
 mes con que el tratar á los niños con
 una imprudente severidad no solo es inú-
 til, sino pernicioso; en este caso, digo:

ya no tienes ningun fundamento para dudar de mi opinion, porque la vez corroborada por la razon, la experiencia y la autoridad. Entonces ya me debes creer, y abandonar como boherias las máximas de tus venerables tias, reirte de los refranes vulgares, estar entendi- da de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la suavidad y el cariño, del que se debe usar mas liberalmente con las niñas, en atencion á su compleccion mas delicada, á su pudor y timidez: y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego, educar á Pudenciana segun mi modo, sin sujetarte á otro alguno contrario. ¿Que te parece? á esto ha venido toda la conversacion de los niños y los viejos: ¿qué dices?

¿Que he de decir, contestaba Mailde: que estoy perfectamente convencida de cuanto dices. La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escu-

charé á mis tias y á los que no sean mis tios con mas cuidado: reflexionaré en lo que me cuenten; haré lugar á la razon con imparcialidad, y si esta se declarare en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos y no los creeré aunque sus autores tengan mas canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quienes son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime que se debe hacer con ellos. ¿Se han de dejar impunes sus delitos? ¿se han de dejar perder por que no les aprovecha el castigo?

No se puede aconsejar tal cosa, decia el coronel: yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos, y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo; ¡Infelices! Para estos ninguna educacion es buena por prudente y eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si

son hombres, ponerlos al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán menos viciosos públicos cuando no por voluntad, por el temor que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinacion debida á los que los mandan; y si son mugeres recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda segun las proporciones de los padres, esto es: como niñas ó como sirvientas, pues, á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupacion, acaso gastarán algun tanto, su inclinacion perversa.

Yo aqui propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinacion, solo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravian y se pierden de dia en dia. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, de-

ben desechar los escrúpulos, abandonarlos y pedir á Dios por ellos.

Lástima me dan, decia Matilde, semejantes hijos, y mas sus infelices padres; pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran el juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

Esa dócilidad de caracter que tienes, decia el coronel es una señal segura de talento. Tu no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educacion de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consortes, y yo aunque muchacho, me engolosinaba en oirlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de sus menos familiares asuntos: me amaban como hijo y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

CAPITULO III.

En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposa y Pudenciana.

CADA instante tenía yo con que divertirme y que notar en la diferencia de dos educaciones dadas á un tiempo, en una misma casa, y á dos niñas iguales en edad y parentesco. Escribir todo cuanto adverti, seria un trabajo demasiado prolijo y fastidioso; á mas de que es imposible acordarme de cuanto pasó entonces para contarlo ahora con la misma exactitud; y asi nos habrémos de contentar con referir lo que me pareció mas notable, y por lo mismo conservó en la memoria.

Cada familia de estas dos gobernaba su casa y educaba á sus hijos á su modo. La niña Pomposita fué enviada á la amiga bien temprano, segun se dijo, y la niña Pudenciana permaneció en su casa has-

ta los cinco años cumplidos, en cuyo tiempo la puso el coronel al cuidado de una señora que unia á sus finos principios un talento no vulgar, una virtud sólida y un caracter propio para aya ó maestra de niñas.

Tenia pocas, por que sabia que el cuidado, repartido entre muchos discipulos ó educandos, cábeles á nada; y vale mas educar y enseñar bien á diez, que mal á veinte. Con esta bella máxima estaba en continua observacion sobre sus pocas discípulas, y no les permitia movimiento, cuya eficacia era causa de que ellas la tuvieran mucho respeto y cometieran menos faltas.

Para enseñarlas, jamás empleaba el rigor ni la dureza. Su carácter entre serio y afable era propísimo para inspirarlas amor, confianza y respeto. Las niñas tratadas con método tan suave, pocas veces dejaban de corresponder á los deseos de esta buena señora, quien

no las hacia estar sentadas muchas horas sino en castigo de su pereza, y esto no siempre. Por ejemplo, decia á las niñas: en quanto sepan la leccion ó acaben su labor, se van á jugar hasta que sea hora de rezar. Con esto se apuraban las niñas para concluir su tarea, para disfrutar quanto antes del asueto, y la que no se aplicaba, tenia que estarse sentada con la maestra hasta que aprendia la leccion.

Ya se deja entender por este castigo, que allí no se conocia el azote ni la palmeta para nada. Mucho menos habia la pésima costumbre de picar á las niñas con las agujas ni lastimarlas con el dedal quando por falta de aplicacion ó de talento no hacian bien la labor. El estilo serio y enojado que la maestra usaba con la des aplicada en este caso, era un castigo atroz y las mas veces eficaz para las niñas, pues no estaban acostumbradas sino á ser tratadas con dulzura.

Otra másima recomendable observa-

ba, que deberia admitirse en las amigas por todas las maestras, y era no recibir niños en su escuela; porque decia, que tenia mucha esperiencia de las malas resultas que trae la mezcla de los dos sexos; aun en los tiernos años; que habia advertido por esta causa: hechos maliciosos en criaturas de cinco y seis años, que contados se harian increíbles para los que no conocen la depravacion de nuestra naturaleza, espoleada con el mal ejemplo y por último decia, que las maestras que tienen esta mezcla, deben ser demasiado vigilantes y prevenidas, porque tienen sobre si una responsabilidad muy grave, lo mismo que los padres, que advertidos de estos inconvenientes, envian á sus hijos á semejantes casas, especialmente á las niñas, en cuya educacion ningun pudor es niño.

Tal era la conducta y modo de pensar de la maestra, á cuyo cuidado fio e coronel la enseñanza de su hija. Pudenciana.

Facil es concebir el trabajo que le costaría hallarla, porque de estas maestras no hay abundancia; pero ¿que trabajo no se debe emprender para que se eduquen los hijos dignamente?

Se ha dicho que Doña Matilde era una buena casada, y por lo mismo jamas se oponia á la voluntad declarada de su esposo. Sin embargo no le parecio muy bien que se pusiera tan tarde su hija á la miga, y no dejaba de darle sus piquetitos.

Me acuerdo que un dia le dijo: ¡si vieras que gracia de Pomposita! ya sabe leer muy bien, y la doctrina que es un portento. Ya se ve, como fué á la amiga á buen tiempo. . . Si mi hija hubiera ido entonces, ya sabria tanto ó mas; pero tu eres su padre y sabes lo que haces.

El coronel la entendi6, y sonriendo se la dijo: ¡Que cándida eres, hija! ¡Que engañada estas! ¿Conque piensas que por que tu sobrina esta dos ó tres años hace en la amiga antes que tu hija, sabe mucho

y lo sabe bien? ¿Crees que nuestra Pudenciana ha perdido el tiempo y no sabe nada? Pues te engañas. ¿Que dijeras si yo te probara que tu sobrina no ha aprovechado cosa, y que en puntos de doctrina, tu hija sabe mas que ella, aunque la otra sabe de memoria el catecismo del padre Ripalda de principio á fin, y tu hija no?

Yo me sorprehenderia, decia Matilde, porque no concibo como una niña que ha estado en la amiga tres años hace, sepa menos que otra, que lleva ocho dias de escuela.

Pues no es un arcano, respondi6 el coronel: lo que no se aprende bien, nuncase sabe bien y mas vale ignorar una cosa del todo que saberla mal; porque el que aprende mal, tiene dos trabajos cuando quiere aprender bien: uno es saber bien lo que le enseñan, y otro olvidar lo que aprendio mal, esto cuesta mucho trabajo, pues lo que se imprime primeramente especialmente en la niñez, con dificultad se olvida.

Conforme á estos principios inconcusos, ya veras que poco ó nada sabe tu sobrina, y que ningunas ventajas lleva á tu hija, pues esta dentro de un año ó menos, sabrá leer bien, y aquella jamas, si no olvida antes leer mal, lo que es tan difícil como doble trabajo.

Por lo que toca á la doctrina cristiana, ya desde ahora sabes que Pudenciana que Pomposita. Es verdad que aquella sabe el catecismo de memoria; pero no lo entiende y nuestra hija tiene ideas mas perfectas y mejor concebidas de su religion, aunque nada sabe como el loro. No la he preguntado quien es Dios? Cuales son sus atributos? ¿dónde esta? ¿que le debe? ¿quien es ella? y en que se diferencia del pájaro, del perro y de otro cualquier bruto? En verdad, dijo Matilde, que no he tenido esa curiosidad, sin embargo de que te he visto algunas veces divertido en enseñarla; pero como estoy satisfecha de que

ni sabe leer ni va á la amiga á oír rezar, pensé que no podía aprender muy fácilmente nada de esto. Y. ^{aguarda} Pues te has engañado medio á medio, dijo el coronel. Pudeuciana me ha entendido porque yo me he sabido dar á entender con ella, usando voces, frases y comparaciones propias, adecuadas y perceptibles á su edad. Mas ella viene. Quiero que te desengañes. Ven acá, mi abna, oye dice tu mamá que piensa que no sabes la doctrina ó que se te ha olvidado, y para que lo crea dile: quien es Dios? La Santísima Trinidad, dijo la niña. y la Santísima Trinidad se llama Padre, Hijo y Espíritu Santo, que aunque son tres personas, no son mas que un Dios, y este Dios es un señor muy Santo, muy bueno, muy lindo, y. Si, si, dijo su padre interrumpiéndolo; pero tu mamá quiere que le expliques como es eso de que la Santísima Trinidad es un solo Dios aunque

tiene tres personas. = ¿Pues no me has dicho, papá, que así como tu casaca tiene dos mangas y el cuerpo, y no son tres casacas sino una no mas, porque las tres cosas distintas todas son de un mismo paño, y tienen un mismo uso y un mismo tiempo, á este modo puedo medio entender que aunque en la Santísima Trinidad hay tres personas distintas, no son masque un solo Dios, porque todas son de un mismo tiempo, de una misma voluntad, y de una misma esencia, como así las piezas de tu casaca son distintas pero iguales en el paño? ¿No me has dicho esto, papá? Si, hija; eso te he dicho y me has entendido bien. Mas ahora dime ¿que cosa es Dios que por otro nombre se llama Santísima Trinidad?

Ya no dije, papá, respondia la niña: que es Dios un Señor muy bueno, muy poderoso, muy sabio y muy lindo. = ¿Y de que tamaño es Dios? = ¡Oh! tú

me has dicho que no tiene medida, que en todas partes está, que todo lo llena, y que es así como la luz que lo llena todo, y que el cielo y el mundo, y yo y todo estamos como dentro de Dios, así como estamos dentro de la luz. Pues dime, seguia su padre: ¿aqui cuantos estamos? Cuatro, decia la niña: Dios, mamá, tú y yó. (*)

Hizole un cariño su papá, la despidió á jugar y le dijo á Matilde: yo no he querido mortificarla con hacerla responder cuanto sabe, porque no la sean

(*) Cuando Diderot no deliraba en asuntos de religion, decia: „Si yo edu-
 „cara á un niño, le daría infinitas se-
 „ñales indicativas de la presencia de la
 „Divinidad: si hubiera una tertulia en
 „mi casa, le acostumbraria que dijese
 „siempre, estamos cuatro: Dios, mi ami-
 „go, mi director y yó” De esta máx-
 „ima se valió el coronel, y se pueden va-
 „ler otros padres de familia para el mis-
 „mo fin.

fastidiosas estas materias; pero por lo que has oido conocerás si es imposible ir instruyendo á una niña de cinco años en su religion, haciendosela conocer por principios. De este modo cuando llegue el caso de ponerlas el catecismo en la mano, lo leeran con gusto, porque entenderan lo que leen,

No así aquellas pobres criaturas, que no teniendo mejor maestro que el catecismo, lo devoran de memoria sin entender una palabra de cuanto les hacen aprender. Todo el empeño de las personas que las instruyen, si esto merece llamarse instruccion, consiste en que digan seis ó siete declaraciones sin turbarse, y se dan con esto por muy satisfechas. De camino hacen otro daño, y es celebrar la gran memoria y comprehension de las criaturas que las rezan, con lo que estas creen que saben mucho y que entienden la doctrina como el que mas: se llenan de vanidad, y esta sanidad crece con

ellas y como hija de la soberbia é ignorancia, no las deja ni dudar que no entienden lo que dicen. El menor daño que se sigue de esto es que cuando grandes, si son madre, se contentan con que sus hijos sepan lo mismo que ellas supieron, esto es, quince ó veinte hojitas del catecismo conciliar de memoria; pero ninguna de inteligencia.

Cansado estoy de oír algunas criaturas responder de memoria ligerisimamente algunas preguntas del catecismo como el perico. Por ejemplo, si se les pregunta *¿quien está en el Santísimo Sacramento del altar?* responderán con mucha satisfaccion: *Jesucristo nuestro señor en cuerpo y alma gloriosa, así como está en el cielo, tanto está en la hóstia como en el cáliz, y en qualquiera partícula.* Muy bien respuesto; pero ¿está igualmente bien entendida la respuesta? Nada menos. Preguntales *¿quien es ese Jesucristo? ¿que cosa es cuerpo? ¿Cual*

es alma? ¿Que entienden por gloria?
¿por *partícula* &c? y las verás enmu-
decer.

Esto es una lástima. Son muy fun-
nestas las consecuencias que se siguen
de ésta clase de enseñanza. Dentro de
Méjico y en todas partes se ven cada
dia personas ignorantísimas de su reli-
gion, que abrigan las ideas mas erró-
neas acerca de ella.

¿Y diremos que esta ignorancia so-
lo se advierte entre la infinita plebe,
gentes ordinarias y sin ningunos princi-
pios de educacion? No, hija, yo te ha-
blo con experiencia y te aseguro que
no son pocos los decentes infatuados y
llenos de errores en materias de reli-
gion.

Si esto no fuera, no hubiera tanta
corrupcion de costumbres como hay; por
que el que ignora quien es Dios, cual
su bondad y poder, que cosa es el es-
píritu, cual y que justa es la fuerza de

la ley, y todo lo demas que tiene la
religion de conducente á la moderacion
de las pasiones, al deseo del bien y abor-
recimiento del mal, no es mucho que
obre casi siempre con un error culpa-
ble, cuando no sea con una obstinada
malicia. En fin el que sabe su religion
fundamentalmente, tiene mucho freno pa-
ra sujetar sus desordenados movimien-
tos, bastante motivo para reconocer al
Criador, y poderosos auxilios para bol-
ver al camino de la verdad, aun cuan-
do se haya estraviado de él.

Pero el tonto, el ignorante; el que
no sabe de su religion sino lo que di-
ce el catecismo, sin entenderlo, tiene
cuanto el diablo ha menester para estra-
viarlo y que se quede así hasta la muer-
te. Acaso no hubiera habido tanto here-
ge, sino hubiera habido tanto ignoran-
te de su religion católica; pero como
han carecido de sus principios, y han
desconocido sus apoyos, fundamentos y

solidéz, han sido demaciado fáciles en abrazar aquellos errores con que una nueva secta lisonjeaba sus pasiones con una libertad criminal. Mahoma era un ignorante audáz; pero conociendo el natural apetito de los hombres al libertinaje, y su torpe ignorancia en asuntos de religion, se valió de ésta misma ignorancia, y corrompido deseo, permitiendo á sus sectarios la poligamia ó el uso ilimitado de mugeres.

Con mas finura y sutileza hicieron lo mismo Lutero, Calvino, Voltaire, Rousseau, Diderot y otros, que escribieron llenos de contradicciones, y quizá ó sin quizá contra lo mismo que sentian en el fondo de sus corazones, para sostener sus opiniones y hacerse singulares; (*) pero siem-

(*) *Leanse las Helvianas ó cartas filosoficas traducidas del frances por don Claudio Vial, donde se verán las enormes contradicciones, en que incurrieron*

pre sin perder de vista el lisongear el desarreglado apetito de los hombres ácia la libertad, ó llamese mejor lebertinage.

Una chusma de ignorantes fué la primera que los siguió y fertilizó su cisaña; ¡pero quien seguirá los pasos de un ciego sino el que carezca de ojos!

Por todo lo dicho, conocerás cuanta diligencia y cuidado se debe poner en instruir á los niños en su religion por principios, y que poca confianza se debe tener de que la entiendan, aquellos que solo saben de memoria sus principales misterios.

Quizá no será esta la última vez que te hable sobre puntos tan interesantes, y en otra te haré ver. . . . ¿que digo? te demostraré hasta la evidencia que el desacato, el fanatismo y la supersticion que se nota entre los cris-

muchos de estos filosofos en materias de religion.

tianos, y por cuyos vicios nos ridiculizan los hereges, no tienen otro origen que la ignorancia de nuestra religion; ignorancia que no seria tanta ó ninguna, si los padres y madres por sí, ó por personas sabias procuraran instruir á sus hijos radicalmente en materia tan importante, como lo hago yo con Pudenciana, sin contentarme con que aprenda el catecismo de memoria sin entenderlo, como tu sobrina, á quien me parece que envidias.

En verdad que yo la envidiaba, decia Matilde; porque estaba entendida de que sabia leer, y la doctrina. Ya se vé, yo ignoraba todo lo que me acabas de decir; pero en efecto, dices bien. De nada sirve saber las cosas mal, esto es lo mismo que no saber nada, ó algo peor, segun me esplicas.

Me acuerdo que ya como un año ó mas, presencié un lancecillo que le pasó á Eufrosina con su hija, que si á mi

me hubiera pasado me habria corrido demasiado.

Pues mira tú, que estaban de visita en su casa dos clérigos, un padre franciscano y otros señores, y mi hermana estuvo alabando mucho á su hija de que sabia toda la doctrina. El padre franciscano, que desde luego pensaba como tú, despues de haberla oido rezar todos los artículos sin turbarse, le preguntó: *¿Quien es Dios?* á lo que Pomposita respondió muy aprisa, y el religioso con mucha flemma la volvió á preguntar *¿con que el Padre es Dios? —si es—¿El hijo es Dios? —si es—¿El Espíritu Santo es Dios? —si es—¿Son tres Dioses? No, sino uno en esencia y trino en personas.*---Muy bien, decia el religioso: *¿el señor es padre? ¿y el señor?* señalando á los clérigos. Si son, respondia la niña---*¿Y yo soy padre?---tambien---¿y cuantos padres hay?---Tres---* *¿Pues como está eso de que el Padre*

es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y no sean tres dioses? Vaya á ver como lo entiendes.

Pomposita, atacada con la comparacion, enmudeció, y de cuando en cuando miraba á su madre como diciéndola que respondiera; pero Eufrosina callaba y se ponía colorada. El padre franciscano para rematar el cuento, preguntó á Pomposa: *¿Luego obligados estamos á saber y entender todo esto? Si estamos, resdondió la niña: porque no lo podemos cumplir sin entenderlo.* Considera tú, el café que tomaria Eufrosina con semejante reprehencion. (*)

Es preciso confesar, dijo el coronel: que el buen religioso se olvidó en aquel lance de las reglas de la prudencia y urbanidad. Cuando se eesamina á

(*) Frase comun en Méjico, con que, hablando familiarmente, se dá á entender que alguna persona se averguenza ó se incomoda. Suele decirse,

alguna criatura, es menester considerar su edad, su estudio y sus potencias, y no hacerles jamás unas preguntas ni argumentos que sean superiores á sus luces.

La retorsion que le hizo á nuestra sobrina, era demasiado fuerte para ella, y no fué mucho que no la respondiera Hay algunos génios tan pedantes que así arguyen á las mugeres, á los niños y á los legos, como pudieran á un sustentamente al pie de la cátedra. Sus preguntas mas se dirigen á confundirlos que á instruirlos ó hacerlos lucir. ¡Entendimientos flacos y cobardes, que se lisonjean con tan pequeños triunfos!

Si la niña le hubiera dicho: hay tanta desproporcion y diferencia de la comparacion que V. me pone con el objeto que yo esplico ó con la Trini-

café con moscas, y asi se entiende mejor.

dad que creo, cuanta hay del Sér al no sér y del finito al infinito. Yo creo que en Dios hay tres personas y una esencia, y lo creo firmemente porque la fé me lo enseña; aunque no lo comprendo ni trato de comprenderlo, pues sé que Dios es incomprehensible á toda pura criatura inteligente, y siendo un Ser infinito, solo un entendimiento infinito puede comprenderlo: no habiendo otro entendimiento infinito mas que el suyo, se sigue que solo Dios se comprehende perfectamente, solo Dios sabe quien es Dios hasta donde se puede saber.

Ninguna pura criatura, por santa, por sabia, y por favorecida que sea del Criador, alcanzará jamás á definir la Esencia divina, ni á comprehender el misterio inefable de la Trinidad. ¿Como quiere V. que yo lo ecsplique dignamente? V. mismo con su borla y teología ¿que digo yo V. mismo? santo Tomás, san Agustín, san Gregorio, el ecsímio

Suarez y cuantos teólogos profundísimos ha respetado el mundo, no explicaron jamás este misterio con tal claridad que convenciera el entendimiento sin el auxilio de la fé. San Francisco de Sales decia hablando con Dios: *señor, vos seríais muy pequeño si pudieras ser comprendido por un entendimiento tan pequeño como el nuestro.*

Però de que este misterio sea incomprehensible, no puede seguirse que no ecsiste. Semejante ilacion sería el mas extravagante disparate. De que no conozcamos ó no entendamos una cosa, no se deduce que la cosa no sea tal como en si es. ¿Cuántas cosas tienen los hombres en las manos y no saben lo que son? la electricidad, la atraccion del Norte al imán, la del imán al acero, la del azabache á la paja & &c., las ven los hombres, hablan, disputan de ellas, advierten sus efectos, se valen de estos, y sin embargo de ser objetos materiales, no los comprehenden. Todos sus

adelantos en esta parte, se han quedado hasta hoy, en argumentos, sistemas, opiniones y teorías.

¿Pero que más? No podemos dudar que temos dentro de nosotros un espíritu, ó llámese alma ó lo que se quiera, superior á nuestra materia, una facultad intelectual que no goza la planta, la piedra, ni el bruto: que se mueve y vive á nuestro igual, y sin embargo: ¿quien sabe lo que es esta alma? ¿quien explicará el mecanismo de sus funciones? ¿quien sabe como piensa? ¿quien entiende bien los fenómenos del sueño? ¿quien define la causa del trastorno de un loco? . . . Mas para que es cansarse. ¿Quien es el hombre que se conoce perfectamente? Nadie: pues si el hombre no sabe quien es el hombre ¿como tendrá osadía para definir á Dios, rastrear sus misterios, ni analizar sus perfecciones?

Si mi sobrina hubiera respondido de ésta manera al padre, hubiera quedado bien; pero seria una simpleza esperar se-

mejante respuesta de una niña de cinco ó seis años.

Lo malo que hubo en esto, fué la indiscreta alabanza de la madre, que aseguró sabia bien la doctrina; cuando no sabe sino el catecismo, de memoria.

Es verdad que no todos debemos entender los misterios de la fé como los teólogos; pero todos debemos entenderlos lo mejor que podamos, y no contentarnos con retener palabras de memoria. En fin, no todos estamos obligados á ser teólogos; pero todos lo estamos á ser buenos cristianos, lo que no puede ser sino entendiendo la religion de Jesucristo y sus principales misterios conforme nuestra capacidad, y con arreglo á lo establecido por la santa iglesia.

Cada conversacion de éstas era una leccion oportuna, que el coronel daba á su esposa, y como la daba con tan buen modo, jamas dejaba de cojer el fruto que quería. ¿Que diferente es el estilo de aque-

llos que quieren corregir ó quizá enseñar á sus mugeres con durezza é ignorancia. tal modo es mas propio para embrutecer que para instruir. Con un estilo tan soez las mugeres se obstinan; no se corrigen. Aborrecen á los hombres, y como se res-
fria cuando no se apaga su amor, ni se aficionan á sus máximas, ni oyen lo que se les dice, ni hacen lo que quieren que hagan. ¡Cuanto vale la prudencia en los maridos! Pasemos á otra cosa.

Doña Enfrosina ó llámese la Langaruto (para ir con la moda de nombrar á las mugeres por el apellido de sus maridos) no se embarazó con su hija Pomposa para pasear á su gusto, pues la puso á la amiga antes de tiempo segun se ha dicho, con lo que logró que se debilitara un poco mas su salud, y que aprendiera algunas malas mañas de las otras muchachas; aunque no necesitaba de éstas maestras, pues las tenia de sobra con su mama y las criadas de su casa, que la mal enseñaban con primor.

Continuamente estaban componiendo á la niña, y este nombre *moda* era pronunciado por ella a los cinco años con demasiado gusto é inteligencia. Todo lo que no era de moda lo despreciaba; y todo lo que sabia que se usaba, era para ella su ídolo favorito.

Era cosa admirable oír la reñir con el zapatero ó el sastre cuando no le traían una cosa á su gusto. „Maestro solia decir al zapatero: ¡que zapatos tan feos! no me cuadran: son de vieja: yo los quiero de moda, no como éstas figuras”

Por desgracia, jamas faltaban aduladores de la madre, criadas de casa, viejas parientas ó paniaguadas que alababan el nécio proceder de la niña. Unos decian: bien alla la señorita que no es tonta. Otros: ¡que viva es! todita á su mamá. Otros: Dios la guarde. Y todos á porfia apoyaban y celebraban su necedad, soberbia y mala crianza.

Lá madre, que ó no entendia ó

afectaba no entender el idioma de la adulacion, se ponía mas esponjada que goajolote, (*) al escuchar las indignas alabanzas tributadas al orgullo y tontera de su hija, y ésta se hinchaba como sapo, advirtiendo sus elogios.

La educacion que Eufrosina la daba en orden á los criados, no era menos ridícula y reprehensible; porque despues que permitía á la niña estar en la cocina, y tratar á las criadas con la mayor familiaridad, las reñía altamente al menor descuido de atencion que observaba usaban con su hija, como por ejemplo: llevar la mancerina sin servilleta: el vaso del agua no muy limpio, y cosas á este modo. Entonces habia en casa niña segura. ¿Como es ésto, decia la señora: atrevida, grosera, que traes á la niña el chocolate sin servilleta? ¿no ves que es tu ama? ¿has pensado que es otra como tu? cuidado con tratar á la niña con tan poco

(*) Pavo silvestre.

respeto, porque te mudarás noramala de mi casa.

La tal niña que advertía ésto muy bien, concebía el grado de superioridad en que se hallaba respecto de las criadas, y dando rienda á toda la soberbia que la inspiraba su mamá, ya despues no las trataba como sirvientas sino como bestias. (*) es decir, punto menos que bestias. ¡Infeliz de la criada que tenia el mas mínimo descuido con ella á la edad de siete años; porque despues de tirarle con el trasto, la llenaba de improperios, y esto aunque fuera la criada ó criado un viejo ó una vieja. Ella no miraba edades sino situaciones, y como la suya era superior, dominaba las de sus domésticos á su antojo, y mucho mas contando, como siempre contaba, con la aprobacion de su nécea madre.

(*) Muy mal hacen los que tratan á sus esclavos tiranamente. Es menester no olvidar que los esclavos y criados á salario son hijos de Dios y semejantes nuestros.

Ya se deja entender que á todos los criados tuteaba, aunque tubiesen la cabeza mas blanca que la pita de magney: pero en medio de esta ridícula soberanía, pecaba la madre por el extremo opuesto, permitiendola la mayor familiaridad con ellos.

A la hora de siesta se acostaba á dormir, y entretanto la niña se iba á la cocina, y entonces lejos de la mamá, no solo era una con las criadas, sino que las sufría mil llanezas, que usaban con ella á ferias de melcocha, orejones, (*) calabaza cocida y otras golosinas, que por ordinarias ponian en la mesa, y á la niña cogian en deseo y provocaban su apetito, por la privacion en que sus padres la tenían de ellas.

Cuando estaban ama y mozas comiendo en buena paz y compañía, solian decirle éstas: niña, ¿porque es V. tan perra y tan so-

(*) *Ruedas de manzana pasadas al sol.*

berbia? ¿porque nos trata tan mal delante de la señora? Y entonces la niña obligada por la melcocha, ó lo que es mas seguro, por la verdad les decia. „Pues de fuerza he de enojarme y os he de tratar asi, ¿acaso mi mamá os trata de mejor modo Ella me dice que os acuse, que os riña y que no me deje, pues yo soy ama en esta casa, y vosotras sois mis criadas, y estas atenedas á comer de nuestras sobras, y por lo mismo nos habeis de tratar con el mayor respeto, y cuando no lo hicieris os echarán noramala de casa.“ Ya se vé que la niña hablaba la verdad, Su madre asi lo decia, y éstas seguramente son unas máximas bellísimas y oportunas, para educar á las niñas soberbias, malcriadas y odiosas para aquellos, que tienen la desgracia de servirlos.

Algunas noches que por fuerza la señora estaba en casa, y solia el señor no éstar en ella era la niña enviada á la cocina por orden de su mamá mien-

tras trataba algunos asuntos importantes, con personas, que no podian tratarlos francamente á su presencia.

En estas ocasiones, viejas y muchachas sirvientas, para entretener el sueño, se ponian á contar cuentos ó consejos á la niña. ¿Y que cuentos eran estos? ¡Friolera! cosas importantísimas y dignas de que las supiera una niña decente, y que no se queria contar en el número del vulgo. En estas conversaciones andaban á millares los encantamientos, espantos de muertos, apariciones de diablos, milagros apócrifos, males de ojo, dinero enterrado, hechicerias, brujas, amuletos, talismanes (*) y trescientas mil soflamas y embustes, cuyas resultas son harto perniciosas en la edad

(*) *Talismanes: figuras hechas de algun metal ó gravadas en una piedra con correspondencia á los signos selestes, á los que supersticiosamente le atribuyen alguna virtud. La mani-*

madura; pues lo que en la niñez se aprende como verdad infalible, con dificultad se descrece en la vejez; y de aquí viene hallar tantos viejos tontos y majaderos, que en su vida han visto un diablo, un muerto, una bruja, un hechicero, ni han esperimentado un milagro verdadero, ni se han allado un real enterrado; y sin embargo, defienden á puño serrado estas cosas, y aun las confirman con sus canas, años y autoridad á costa de mentiras, dandose ellos mismos por testigos, y aturdiendo con esto á los simples, que los escuchan.

No solo en esto paraba la mala educacion moral de Pomposita. Mientras

ta de azabache, el colmillo de caymán contra el ayre, el ojo del venado contra el mal de ojo, el chupamirto para hacerse amables las mugeres, y otras supercherias semejantes, que aun respecta el vulgo, tienen lugar entre los talismanes.

mas crecia en edad, se perfeccionaban las facionès de su cara. Estos juntos con la compostura de su cuerpo y la volubilidad de su lengua, porque en efecto era abladorcilla, la hacian celebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudian de bonita, viva, discreta, salerosa, y cùrra. ¡Elogios malditos y dañósísimos en los tiernos años de las niñas! No saben estos tontos y baratos aduladores quanto las perjudican, haciéndolas tenaces partidarias de la moda, orgullo y presuncion.

No es de estrañar que con semejante conducta se criara Pomposita demasiado nécia y altanera. La infeliz no hacia mas que correr por donde su madre andaba, y corria mas, mientras mas se adelantaba en edad.

A los siete años, dije, cuando ya la luz de la razon rayaba en su entendimiento con mas perfeccion, su sober-

bia era harto conocida. Su amor propio se hallaba entronizado en su corazon: desde esta edad consultaba al espejo sus perfecciones, manifestaba demasiado contento al oirse celebrar, y se incomadaba si por accidente alababan á otra en su presencia.

Acostumbrada á quanto se llamaba moda en su tiempo, y persuadida con el ejemplo de su madre, trataba á todo el mundo con la mayor familiaridad ó llaneza. A ninguno de los concurrentes de su casa daba mas tratamiento que el apellido; de manera que un ciego que no hubiera tenido otra señal que la voz de la niña para conocer á los asistentes, jamas los hubiera distinguido por sus empiecos, y caracteres. Oiga V. Herrera, mire V. Rios, escuche V. Valdes. . . Este era el modo con que la niña nombraba á todos los concurrentes á su casa, y entre ellos habia togados, canónigos, coroneles &c.

Acuermome que una vez la oi llamar

á un caballero con éstas voces: *marquesito, marquesito*. Confieso que pense que llamaba algun perrito de faldas, y no era sino al marques de S. hombre respetable por su edad y representacion.

Todo esto se le pasaba á la niña por una gracia, pero en verdad que unos decian que era franca, marcial, del día, y que se yo; y otros la tenian por una muchacha malcriada. En efecto yo no soy calumniador. La pobre niña no tenia la culpa: veia que su mama y otras señoritas trataban con esta familiaridad ó llaneza á todos los hombres indistintamente: ¿Que habia ella de hacer sino seguir su ejemplo?

Sin embargo la niña Pudenciana hacia un terrible contrapeso á esta familia, porque su papa el coronel la tenia enseñada á que distinguiera de sugetos, y diera á cada uno el tratamiento que le convenia; y así á los cunrillos y mocitos almidonados los llamaba por el apellido, lo mismo que su prima; pero á los eclesiásticos y perso-

nas de distincion los nombraba con respeto: de V. S. ó V. segun su clase.

Este modo la conciliaba el aprecio general, pues los juvenes tertulios se veian tratar á su modo, y los hombres circunspectos, con la atencion que deseaban, y mas en una criatura tan pequeña. Todos la abrazaban la celebraban, y la tenian por una niña bien criada porque sabia dar á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del día.

Estos generales aplausos eran causa de zelos á los padres de Pomposita, lo que don Dionicio disimulaba con prudencia.

No tenia tanta Eufrosina la madre de Pomposa y así de cuando en cuando esplicaba su zelillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educacion que daba á su hija. Una vez, estando yo delante, y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que este se despidió, entre colerica y sonrojada Eufrosina dijo al coronel: y bien

hermano: habrá V. quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no, no se engría V. porque, yo siento decirlo, al fin estimo á V. como que es mi hermano y la muchacha es mi sobrina; pero la verdad, la esta V. dando una crianza muy paya. Eso de levantarse del asiento una muger para recibir ó despedir á los hombres, tratarlos de señorías ó V., hablarles por sus nombres y no por sus apellidos, y otras cosas de estas son vejestorias, antiguallas y payadas. No, señor las mugeres siempre hemos de manifestar que somos señoras, y que nos merecemos muy bien las atenciones de los hombres á quienes hartó favor hacemos con admitirlos á que nos sirvan y obsequien. Si manifestandonos las mugeres civilizadas con esta superioridad que nos concede la culta moda, todavía tenemos que sufrir algunas llanezas, atrevimientos y desprecios de los hombres, que fuera si nos hu-

millaramos como las payas? ¡Jesus! nos quisieran tratar á la baqueta, se darian por muy bien servidos de nuestras importunas humillaciones, escasearian sus obsequios y comedimientos, y creerian tener en cada señorita una criada mas á quien mandar. Yo digo á V. esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demás V. es su padre, y hará lo que le diere gana. En todo caso V. no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dán algunos, pues ya V. vé que estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda, otros son ó se quieren hecer medio santuchos, otros manifiestan ser unos payos de ciudad, sin principios, y otros por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban á mi hija como á la de V. sin saber por qué alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café, y el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya V. vé

que buena gente alaba á Pudenciana de bien criada: payos, tontos, viejos, hipócritas y lisongeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que V. hará lo que le dé la gana, pues al fin es su padre, y yo no me debo meter en la renta del escusado.

Oyó el coronel con bastante socaronería este largo y desatinado sermón, que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora doña Eufrosina; pero no lo conseguí, por que con la mayor prudencia y sonriéndose, solo dijo: V. hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda; pues, porque es muchacha y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es muger. . . . Y dígame V. ¿le han ovisado que la vistieron á convidar de parte de la señorita Tello para su bayle de esta noche? -- ¿Pues

que tiene bayle la Tello? -- Si tiene, pues si se ha casado Carmelita. -- Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos. -- Sí, hermana, coman VV. que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestacion con su cuñada; pero como Matilde habia oido hablar tantos despropósitos, quedó como indecisa sobre cual de las dos crianzas seria la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su muger, y para prevenirla contra sus resultados, la dijo: tu hermana habló como una muger nécia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque seria infructuosa á los dos, yo no tenia que aprender nada de ella, ni tampoco queria ella convencerse de mis razones; mas á tí que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir

de buena gana; porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia: has de saber que es un error pensar que las mugeres tengan por ningún título, alguna superioridad sobre los hombres, como cree tu heamaua.

Por la ley natural, por la civil y por la divina la muger, hablando en lo comun, (*) siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza siempre sábia y obediente á las ordenes del Criador, constituyó á las mugeres mas débiles que los hombres, acaso

(*) *Los ejemplares que se pueden citar de algunas mugeres, que han logrado, sentadas en los tronos, no solo la absoluta independendia de los hombres, sino la dominacion sobre ellos, son escepciones de esta regla.*

para que esta misma debilidad física de que hablo, les sirviera como de parco ó escepcion para conservarse en aptitud para ser madres, y sostener la duracion del mundo. Creo que no me entiendes. Te lo diré mas claro. La naturaleza, ó hablemos como cristianos: su sapientísimo Autor, no concedió á las mugeres la misma fortaleza que á los hombres, para que éstas, separadas de los trabajos peculiares á aquellos, se destinasen unicamente á ser las delicias de la mitad del mundo, y de consiguiente fuesen las primeras y principales actrices en la propagacion del linage humano.

Cuando te digo que las *primeras y principales*, no quiero escluir á los hombres de esta primacia; no te hablo como físico ni como médico. He leído algo del arcano de la generacion: sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres: sé que es justo y sé porqué; pero no me toca explicarlo,

ni á tí te importa mucho el saberlo. Te hablo unicamente como filósofo; y así te digo, que las mugeres son las principales agentes de la conservacion del género humano; porque la muger no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimenta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia, y no lo separa de su seno hasta que no esta en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora sí pienso que has comprendido quan gravoso es el cargo de una madre, cuan recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuanta razon la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles infinitamente por otra. No tenga, dijo en el acto de su formacion, no tenga la muger la robustéz del hombre que rinde á una fiera ó dilapída un cerro con sus brazos, no tenga la intrepidez

del hombre, que se arroja entre las balas y degüella enemigos de ciento en ciento, carezca del teson del estudioso que entre libros y vigiliias se consumen por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes, ó averiguar el origen y modificacion de las pasiones de los hombres.

Quedense para estos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio: resérvenseles los arcanos de la moral y la política: escudriñen quanto puedan la física, química y matemáticas, arriesguense á los mares, y haganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religion y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quedese para las mugeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres: el depósito de su confianza: el iris de sus disturbios: el imán de sus afectos: la tranquilidad de

su espíritu: el premio de sus afanes: el fin de sus esperanzas, y el último consuelo en sus adversidades y desgracias. Quedese para ellas finalmente, el ser la delicia de los hombres, el depósito de los sábios, el abrigo de los generales, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto es la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se crian los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mía, cuanta es la dignidad de las mugeres, consideradas como esposas y madres de familias, y que bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituidas respecto de los hombres; pero, despues de todo, esta misma debilidad las hace *inferiores á ellos por ley de la naturaleza.*

En consideracion á estas cosas, las leyes las han separado del sacerdocio, gobierno, política y artes de guerra, que

les ha confiado á los hombres de cuya privación resulta un justo premio debido al bello sexo, y tan justo que los hombres en haberlas escluido de estos cargos, no han hecho mas, sino premiarlas sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas, y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mugeres. El hombre que las vitupere por razon de la diferencia del sexo debe ser declarado por nécio, y por ingrato; pero, al fin de todo, hemos de confesar que justísimamente las mugeres son inferiores á los hombres por las leyes civiles. ¡Que bien se acomodaria una muger con un niño en los brazos, ha sido de un pecho y sobre el otro apoyando un fusil! Lo mismo digo de una pluma, un formon, un arado ú otros instrumentos peculiares de los hombres: era menester que abandonara el instrumento ó el niño.

Que las mugeres sean inferiores á los hombres por ley divina, no tiene duda. Espresamente condenó el Señor á Eva y en ella á todas las mugeres, á estar sujetas á los hombres en castigo de la culpa original. Esto todos lo saben; y así insistir en ello parece que toca en boheria....

¿Como es eso de que todos lo saben? interrumpió Matilde: pues á mí me parece que no lo saben todas, y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el empeño con que mi hermana quiere hacernos creer que las mugeres somos superiores á los hombres? Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que dices, ó que á lo menos no lo cree mucho.

Tienes razon, dijo el coronel; tu persuacion es justa, y segun ella debes tener á tu hermana, por una nécia soberbia, y no solo á tu hermana, sino á infinitas mugeres que piensan como ella; mas

en obsequio de la verdad y de tu seso, debes disminuir á lo menos el cargo que las resulta de este bastardo modo de pensar, pues no tienen las mugeres toda la culpa de ser tau nécias (hablo de las que lo son) y orgullosas como manifiestan.

¿Como no, decia Masilde? ¿pues quien la tiene?

Los hombres, dijo el coronel: los hombres que las dan la primera educacion moral en su niñez, y los que se la robustecen ó pervierten en su juventud. Estos son los culpables del orgullo y desordenado modo de pensar que se advierte en las mugeres, especialmente en las juvenes hermosas; asi como son recomendables cuando piensan con juicio y solidéz las mugeres, que ha puesto á su cuidado la naturaleza ó el matrimonio.

De cualquier modo que ello sea, decia Matilde: lo que yo sacó por consecuencia de tus conversaciones es que tú unas ve-

ces te manifestás enemigo de las mugeres; y otras te declaras su defensor, echando á los hombres la culpa de sus vicios. Yo no te entiendo.

Eso es porque no quieres entenderme, reponia el coronel: yo jamas he sido enemigo de las mugeres. Cuando critico sus defectos, no es con el perverso destino de satirizarlas; sino con el loable fin de que los corrijan, á lo menos, tu que me atiendes y esto tan lejos está de probar que las aborrezco, quanto manifiesta mi decidido amor ácia ellas; y este amor tampoco traspasa los límites de lo justo y honesto. Esto es: no defiendo á las mugeres, por ser mugeres, ni las lisongeo con consonerlas de toda la culpa que las echan los hombres; sino que en todo cumplo con lo que me dicta la razon.

¿Acaso crees tú, que las mugeres fueran como son, si los hombres fueran como debian ser? de ninguna manera. Pero ¿como quieres que una niña sea hu-

miilde, honesta y moderada, si su madre por culpa de su marido, es altanera con los criados, altiva con las visitas, descuidada en la casa, profana en la calle, y nécia en todas partes? ¿Como quieres que la dicha niña, malcriada con estos ejemplos, se sujete y se modere cuando se casa, si la toca por marido un hombre disipado é indolente? Es regular que al lado de este se ponga de peor condicion.

Yo no quisiera proponerte ejemplares que te dolieran; pero para mejor persuadirte, es menester no salir de casa. ¿Que clase de muger casada hará Pomposita con la educacion que le dá su madre por culpa de Don Dionisio? Sin duda que será esta muger una orgullosa, nécia y abandonada en la edacacion de sus hijos, así como lo fué su madre; y mucho mas si por desgracia se une con un hombre desidiioso, condescendente y abandonado,

Esto parece que no tiene duda; por que todos saben quanto inflayé el ejem-

plo sobre nuestras acciones. Verdad es que algunas veces una razon bien ordenada se ha burlado de los malos ejemplos; pero esto es muy raro bajo una mala educacion. Se puede tener por un milagro. Lo comun es hacer como se vé y no obrar como se debe.

De todo lo dicho puedes concluir que yo cuando reprehendo los mas groseros vicios ó preocupaciones de las mugeres, no es con el depravado fin de satirizarlas ó de ponerlas en mal, como suelen decir; sino con el de manifestarlas tales como son á los ojos de los sensatos, para que así otras se corrijan ó moderen.

Tampoco cuando las elogio ó disculpo es por lisonjearlas, pues no hay para qué. Es preciso ser justo con todas y en todas ocasiones.

Por último debes advertir, que es verdad lo que te digo de que los hombres son los que casi siempre tienen la mayor parte de los defectos de las mugeres. En

otra ocasion te demostraré este axioma con mas solidéz; porque ahora es tarde y vamos á comer.

CAPITULO IV.

En el que se trata una materia entretenida.

NO es muy comun lograr por esposas mugeres dóciles, ni maridos prudentes y sensatos, ya sea porque no se merecen unos á otros, ó ya porque no se saben escoger. El Espiritu Santo dice que *la muger buena se dará á hombre por sus buenas obras*. Sin duda las tenia en su abono el coronel, pues merecio lograr una muger tan dócil como Matilde, la que lo escuchaba con tanto gusto, que siempre aprendia y aprovechaba las lecciones morales que aquel trataba de inspirarla. Para ella era un oraculo su marido; y ya se vé que él no desmerecia tal

concepto, pues nose contentaba con decirle lo que era bueno ó malo, sino que procuraba convencer su entendimiento con la razon y la esperiencia, y para asegurarse de que ella no accedia á su parecer por ceremonia, sino por convencimiento, la enseñó desde el principio á que le propusiera las objeciones que encontrara en cualquier asunto para desvanecerlas. Matilde lo hacia así, y de este modo tenian unas conferencias divertidas.

No quedó muy satisfecha de la inferioridad de las mugeres respecto de los hombres, segun vimos en el capitulo anterior, y así no tardó en tocar el mismo punto á su marido.

Una ocasion le dijo: aunque el otro dia me dijiste tantas cosas para probarme que las mugeres somos inferiores á los hombres; yo, la verdad no lo entiendo bien, por que veo practicar por estos lo contrario de lo que debia ser,

en caso de que fuéramos tan inferiores como dices.

Todos los hombres y en todas ocasiones nos han respetado y respetan de tal manera, que nos convencen ciertamente de que son inferiores á nosotras. En este particular soy hasta ahora de la opinion de mi hermana. Ciertamente no haré alarde de esta superioridad que me concede mi sesco, ó sea la *culta moda*, como ella dice; mas no por eso dejaré de conocer que somos algo mas de lo que tú quieres persuadirme que somos.

Tú me dices muchas cosas, que me convencen un poco de que me dices bien; pero veo que los hombres practican con nosotras unas acciones no solo comedidas y atentas, sino humildes y serviles, las que no harian, si nó estuvieran penetrados de nuestra natural superioridad. En la calle, en los paseos, en los estrados, en los templos y en

todas partes nos significan sus rendimientos de modo que parecen nuestros criados ó vasallos. Yo, la verdad, quisiera que los que comen mi pan y cobran mi salario se portaran como los hombres con las mugeres. ¡Oh! en tal caso que bien servida estuviera de mis criados.

Estos rendimientos no los puedes negar. Si un hombre va por la calle con una dama, la dá el mejor lugar, y la presenta su brazo: si lo visitá, la baja la escalera: si sube al coche, es la primera, la dá la mano y el asiento superior: si está en la mesa, la sirve los platos y la copa: si entrá en un bayle, se levanta, la cede su lugar y el se queda en pie: si juega, ella alza y es proferida antes que el hombre: si entra en el templo, la dá el agua bendita: si alguno la ultraja, la defiende: si se le cae algo de la mano, se apresura á levantarselo: si ella se enfure-

ce y lo maltrata, lo disimula: si levanta contra él la mano enardecida alguna vez, no sabe el hombre vengarse sino con un humilde sufrimiento. . . . En fin en todas partes manifiesta el hombre ser inferior á la muger. ¿No es esto una verdad? ¿Con que como he de creer que no tenemos tal superioridad solo porque tu lo dices, y porque no somos generales en la guerra, ni ministros ó magistrados en la paz? Vaya, hasme ver como esta eso, para que me desengañes, si es un error la opinion de mi hermana que yo admito.

Lo es en efecto, le dijo el coronel: y es un error origen de otros muchos, que conspiran á hacer infelices á las mugeres que lo adoptan. Verdaderamente ellas son dignas del aprecio y estimacion del hombre culto, y este aprecio hace que les tribute su respeto y que le ceda en muchas ocasiones la preferencia que á él le toca; mas estos respetos y aten-

ciones debe recibirlos la muger juiciosa, ó sea como un premio debido á su virtud, ó como un efecto de la generosidad de los hombres, y nunca los escijirá como unos derechos debidos á su soberania por ser muger.

En virtud de esto, no debes creer que todos los hombres y en todos tiempos las han tributado sus respetos, como dijiste. Lo contrario: siempre han hecho las mugeres en el mundo el papel ya de señoras y ya de esclavas de los hombres, á proporcion del capricho de éstos y de las costumbres de los países que han habitado. Mr. Tomas, en la pintura que hace de las mugeres, corrobora esta verdad con unos términos tan claros y precisos que yo no me atrevo á sustituirlos, ni menos quiero, compendiando ni disfrazando sus razones, usurpar la gloria que se merece este celebre francés; y así te referiré sus párrafos al pie de la letra.

„Si ecsaminamos, dice, los países y los siglos, veremos casi en todas partes adornadas las mugeres y oprimidas en todos tiempos. Nunca dejó perder el hombre la menor ocasion de abusar de su fuerza; antes bien se prevaleció siempre de la debilidad de su sexo, prestandole al mismo paso homenaje á su belleza, y haciendose á un tiempo su esclavo y su tirano. Parece que la misma naturaleza al formar unos entes tan dóciles y blandos de corazon, se ocupó mas en sus gracias que en sus dichas; pues rodeadas por todas partes las mugeres de angustias y temores, entran por mitad á sufrir nuestras miserias, y se ven sujetas á otras muchas que les son particulares. A nadie pueden dar la vida sin esponerse á perder la suya propia, y cada achaque periódico que experimentan, altera su salud y amenaza sus días: su belleza se ve acosada de mil crueles enfermedades; y cuando se ven libres de este accidente,

al paso que el tiempo se la marchita, las va tambien consumiendo cada dia: entonces no les queda mas proteccion y auxilio que el triste derecho de la compasion, y el recurso á los recuerdos de una memoria agradecida."

"Hasta la misma sociedad les aumenta los males de la naturaleza: mas de la mitad del globo esta llena de hombres rústicos y salvajes, entre quienes las mugeres son infelices en extremo. El hombre rústico, que apenas conoce sino lo fisico del amor, feroz é indolente al mismo tiempo, activo por necesidad; pero inclinado al ocio por una pasion casi insuperable: ignorando así mismo todas aquellas ideas morales que suavizan el imperio de la fuerza, considerada como única ley de la naturaleza por la ferocidad de sus costumbres, manda despóticamente á unas criaturas, que haciendolas iguales suyas la razon, las sujeta no obstante, por su debilidad y flaqueza. Las mugeres son

entre los indios (*) lo que eran los Llotas entre los de Esparta; esto es, un pueblo vencido, y obligado á trabajar para los vencedores. De aqui nacia que en las orillas del Orinoco movidas las madres de compasion, solian matar á sus hijas luego que nacia, creyendo que ésta compasion bárbara era una especie de obligacion."

"Entre los orientales vemos otra especie de despotismo y de impetio, es á saber, la clausura y esclavitud casera de las mugeres, autorizada por la costumbre y consagrada por las leyes. En Turquía, Pérsia Mogol, Japon y en el basto imperio de la China vive una mitad del géne-

(*) Habla el autor de los indios bárbaros y salvajes: bien que nadie lo desmentiria si dijera que entre las naciones cultas europeas hay hombres que imitan á los indios, y á veces por caminos mas vergonzosos; pero de esto se hablará en su lugar.

ro humano oprimida por la otra; naciendo el exceso de semejante opresion del mismo amor excesivo. Toda el Asia está llena de prisiones, donde la beldad esclava espera siempre los caprichos de un dueño ó tirano, y donde una multitud de mugeres juntas no tiene mas sentidos ni voluntad que la de un hombre solo; sus triunfos no son sino instantáneos; pero sus competencias, ódios y furoros son el ejercicio de cada dia. Allí se ven precisadas á pagar su misma esclavitud con el más tierno amor, ó bien, lo que aun es mayor tormento, con la imagen de un amor que no tienen: allí el despotismo de mayor vituperio las somete á unos monstruos, que no perteneciendo á ningun sexo, desonran los dos á un tiempo: allí (*) finalmente, no sirve su educacion sino á envilecerlas; sus virtudes son forzadas,

(*) Habla de los Eunucos á esclavos castrados que los guardan.

sus satisfacciones tristes é involuntarias, y despues de algunos años se hallan con una vejez larga y horrorosa."

„En aquellos países templados, donde los ardores mas remisos dejan á los deseos mayor confianza en las virtudes, no han sido privadas las mugeres de su libertad; pero la severa legislacion las ha colocado, en casi todas las cosas, bajo la dependencia. Al principio fueron condenadas al retiro, y separadas tanto de las diversiones como de los negocios: despues quisieron los hombres insultar su razon mediante una larga tutela. En unos climas se ven ultrajadas por la poligamia, la cual les concede por compañeras perpetuas sus mismas competidoras y concurrentes: en otros están sujetas á los indisolubles lazos, que comunmente unen para siempre la dulzura con el desabrimiento, y la ternura con el odio. En aquellos países donde son mas dichosas, deben no

obstante reprimir sus deseos, y se ven oprimidas en lo que mira á disponer de sus bienes, véense privadas de su misma voluntad por las leyes; y esclavas de la opinion que las domina con imperio, se les imputa á delito aun la apariencia misma; hallanse rodeadas por todas partes de unos jueces, que son á un tiempo sus seductores y tiranos; y preparándoles ó disponiéndoles sus defectos, se los castigan con la deshonor, y se usurpan el derecho de mortificarlas con las sospechas. Tal es, poco mas ó ménos, la suerte de las mugeres en todo el orbe. Los hombres son con ellas indiferentes ó tiranos según los climas y edades: unas veces la opresion es fria y tranquila, como es la del orgullo; otras es violenta y terrible, cual es la de los zelos de suerte, que cuando no son amadas no son nada; y cuando son adoradas estan espuestas á mil tormentos; y así tienen que temer igualmente, tanto el

amor como la indiferencia. Por fin, parece que la naturaleza las ha colocado en las tres partes de la tierra entre el menosprecio y la infelicidad..."

„Sin embargo, es preciso confesar, que no todos los hombres fueron igualmente injustos, pues en algunos países se tributaron públicos respetos á las mugeres: las artes las han levantado monumentos, y la elocuencia ha celebrado sus virtudes."

Hasta aquí Mr. Tomás á nuestro intento; y ya ves, según esta pintura, que las mugeres léjos de haber disfrutado generalmente los gages de aquella soberania á que se consideran acreedoras; casi siempre, ya mas ya menos, han sido el juguete de los hombres, á proporcion de sus caprichos, costumbres, climas, religion y gobierno.

Todo está bueno, contestaba Matilde; pero, no dudando de la verdad de ese autor, quisiera saber en que somos

las mugeres inferiores á los hombres, porque ciertamente, si lo somos tanto, no puede haber mayor infelicidad que ser muger, y una infelicidad tanto mas dura quanto que caemos en ella sin culpa nuestra, pues no está en nuestra mano elegir secso.

La inferioridad de la muger respecto al hombre, respondia el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitucion fisica: es decir, en quanto al cuerpo; pero en quanto al espiritu en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo la alma hombre ni muger, se sigue que en la porcion espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mugeres se notan algunos vicios, como tambien virtudes, que parece que les son peculiares, ó á lo menos, se dejan conocer en ellas con mas frecuencia que en los hombres. Por ejemplo: parece que las

mugeres son naturalmente mas compasivas, mas tiernas y sujetas á su religion que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamandolas *el secso devoto*. Asi tambien parecen mas inclinadas al engaño, á la simulacion, á la ira y á la venganza, con la que se pudiera probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que la alma de las mugeres tenia alguna diferenciencia de la nuestra; mas no es así, como te lo hare ver.

No se puede negar la dependencia reciproca que tiene el cuerpo del espiritu, y este de aquel; quiero decir: somos compuestos de dos naturalezas enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual, como las dos estan tan intimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como maravilloso. Apenas se enferma el cuerpo, quando se resiente el alma y se entristese, y ves aqui, que la tristeza de la alma no la origina otra cosa

que la enfermedad ó daño que padece la porcion material del cuerpo. Por el contrario: recibe el hombre una fuerte colera, una pesadumbre muy vehemente las cuales son pasiones á que esta sujeto el espíritu, y al instante, sin que uinguna cosa material toque al cuerpo, éste se enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteracion de la máquina, que se desorganiza todo el mecanismo de la vida y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sábios, que la causa de que en las mugeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con mas frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organizacion de sus cuerpos; y asi deducen por ejemplo, que si la muger es mas tímida que el hombre, es porque su constitucion fisica es mas débil.

Yo convendré con ésta opinion de buena gana; pero limitandola á ciertas y

determinadas circunstancias, y jamás concediendo la eestencion y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteracion del cuerpo da la muger influya algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteracion natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere, que la precipite á cometer algunos excesos, que ó no cometeria un hombre, ó quizá los cometeria con menos facilidad; mas no concederé que la alma de la muger, siempre que quiera hacer buen uso de la razon, no tenga bastantes fuerzas para vencerse sobre la particular influencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad inconcusa, las mugeres serian en lo general menos responsables que los hombres ante Dios, del desarreglo de su conducta moral, teniendo por absoluta disculpa el ser mugeres; lo que no es asi; pues á todos obliga la ley, y todos tenemos á proporcion

los auxilios nesesarios para observarla.

Bien conozco que esta es una materia, que por lo sería acaso te será fastidiosa, pero si la escuchas y la masticas con atencion, te facilitará muchos principios para que no incurras en mil groseros errores, en que incurren muchas mugeres, solo por no querer instruirse en ellos.

De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decia Matilde, y sería uno nécia y una mal agradecida si á modo de lechuza me incomodára con la luz solo porque mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario: yo me engolosino en escucharte, y siento no comprehender quanto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello, quiero que con algun ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera: que una enfermedad ó la natural constitucion, ó formacion del cuerpo de las mugeres influye algunas

veces en ellas, de modo que cometen algunos y determinados excessos con mas frecuencia que los hombres, y la segunda: que ha pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la muger sobre su espiritu, puede esta haciendo buen uso de su razon, vencerse y no hacer aquello á que la instiga la organizacion natural ó la particular enfermedad de su cuerpo. yo no comprehendo como pueda ser eso y quisiera oir una prueba de esta verdad.

No sabes quanto gusto me das respondia el coronel; cuando me hablas con esa claridad, pues el que, despues de oir propone dudas y hace preguntas, dá á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversacion. Asi pues, tú has entendido bien quanto te he dicho; pero te hace fuerza como el alma de la muger por si misma, con solo el auxilio de la razon, pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuyo cumplimiento se siente como obligada por la inmediata in-

fluencia de su cuerpo. Para acceder á esta opinión me pides un ejemplo: solicitud muy justa, pues los ejemplos valen para convencer el entendimiento, mejor que las teorías mas elocuentes.

Por eso te voy á demostrar con un caso que nos refiere la historia, entre otros muchos, cuan poderosamente influyen las particulares afecciones del cuerpo de la muger sobre su espíritu, y cuanta virtud tenga este, ayudado de la razón, para dominar el poderio de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mugeres en el tiempo de la pubertad estan sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer por obra ó por palabra, mil escesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas

nuestra Religion católica justamente lo prohíbe, y es ilícito, permitiendo siempre que lo substituya el legitimo matrimonio.

Plutarco en su obra de las *mugeres ilustres*, alabando al natural pudor de la muger, refiere que en la ciudad de Mileto las doncellas acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban así mismas, y eran tan repetidos estos suicidios, que el Senado no pudiendo contenerlos, mandó por ley espresa, que la que de esta suerte se matase, fuera paseada desnuda y espuesta en la plaza mas pública. ¡Eficaz remedio! Esto solo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreciar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperacion. Sin duda la verguenza las volvió en sí y las hizo entrar por el camino de la recta razón.

Ya ves con este ejemplo probad,

el poder del cuerpo enfermo de la mujer sobre su espíritu, y el poder de este obrando con razon, sobre la influencia de su cuerpo. El hecho merece todo crédito por respeto al autor que lo refiere: pero si nos fuera permitido citar otros ejemplos semejantes, ¿cuantas Milesianas halláramos entre nosotros, que acosadas de la misma dolencia, saben refrenar su pasión, moderar su apetito y sujetar su inclinacion, hasta el extremo de perder la vida, antes que faltar á las leyes del decoro? Acaso ya me has entendido y está tu entendimiento satisfecho.

Si está, dijo Matilde; pero del mismo modo quiero estarlo en muchas otras cosas; y así habrás de sufrir que te pregunte.

Pregunta cuanto quieras, decía su esposo, que yo tengo sobrada paciencia para escucharte, y mucho gusto en responder á tus preguntas.

Pues oye, proseguía Matilde: ya

entiendo que las mugeres nacimos sujetas á los hombres con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa como dices; pero ahora pregunto: ¿Porqué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería y nos han sujetado á sus caprichos, valiendose solo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma.

Porque los hombres, respondia el coronel, que así lo han hecho, los mas han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiendose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mugeres para oprimirlas; y entiende que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente á aquellos gentiles paganos, que sin idea de verdadera religion,

justicia ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro, ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos, que por otro lado apetecian; no hija: todo hombre que se vale de la flaqueza de la muger para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un pícaro, por mas que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Quantos de estos conoces! Yo ni calumnio ni desacredito al veciuo Ramiro: su esposa es tu amiga y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera rebelado sus desdichas, á mi y á ti nos son bastante públicas. Sabemos que el marido está entretenido, que quanto adquiere es para su dama, que á sus hijos y muger legítima los tiene desnudos y muertos de hambre, que jamás les hace el mas mínimo cariño y agasajo, y que despues de este indigno proceder, por la mas minima friolera la riñe, la golpea y la obliga á

quejarse con nosotros á cada instante. ¡Quantas veces ha venido la infeliz muger á pedirte un trapo con que cubrirse, y un bocadito con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un cristiano, un bien nacido, y como dicen, un hombre decente; ¿y dirémos que este cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? de ningun modo. Este es un pícaro, un vil, un infame, un irreligioso y barbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¿No le basta al hombre abandonado ser infiel á su muger y descuidarse con sus hijos? ¿No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¿aun es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia? Pues, hija, de estos maridos y padres inicuos se ven á miles cada dia

entre nosotros. Los jueces, las carceles, los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¡Antes déje yo de existir, que me cuente en semejante número! Conoce pues, hija mia, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mugeres por que son ellas débiles, no por que ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen y teman que aquel Sér soberano, que es justo y recto por esencia, algun dia tomará en ellos una cruda venganza de los injustos agravios que han inferido á unas criaturas suyas, que tal vez no han tenido otro delito para sufrirlos que ser de una constitucion mas debil; por que Dios que lo puede todo, es el que se reserva la venganza del que no puede nada.

De todo lo espuesto debes deducir en primer lugar: que la mnger es inferior al hombre en quanto al cuerpo; pero igual en todo á él en el espiritu,

Una señorita no podrá levantar del suelo un tércio de seis ú ocho arrobas de peso, que un arriero alza con la mayor ligereza sobre el lomo de una mula; pero será capaz de penetrarse de una pasion amorosa y honesta, de derramar lágrimas de ternura sobre un infeliz, y de ejecutar los actos mas piadosos de virtud quizá con mas verdad y mas sensibilidad que el mismo arriero, cuyo espiritu, aunque igual en la sustancia, tal vez no esta adornado de los mismos sentimientos, ó no los posee en igual grado.

En segundo lugar debes advertir, que solo los salvajes en los montes, y los nécios y picaros en las ciudades desprecian, escarnecen y maltratan á las mugeres solo porque lo son, y porque no tienen suficiente vigor á resistirlos, pero el hombre civilizado y que conoce las leyes de la humanidad y del honor, jamas abusa de su debilidad para ultrajarlas; antes bien las aprecia, las hon-

rra, y las defiende de los insultos que les infieren los malvados. Las leyes civiles decididamente las protegen.

Finalmente deben entender, y no es en vano repetirlo, que si los hombres las han separado de la guerra y del manejo de los negocios públicos, no es esto un efecto de desprecio, sino de respeto á su débil constitucion, y para reservarlas para aquellos objetos, á cuya conservacion la naturaleza privativamente las destina.

Yo quedo convencida, dijo Matilde, de que somos inferiores á los hombres por la debilidad de nuestro cuerpo, pero iguales á ellos por la naturaleza de nuestras almas, y á veces superiores á muchos por los dotes del espíritu.

Quedo tambien entendida de que esta debilidad no es un motivo para que nos insulten y desprecien; sino mas bien una recomendacion para que el hombre culto nos compadezca y estime en todos

casos. Todo esto está entendido; pero dime: ¿esta debilidad de que se valen el salvaje grosero y el ciudadano pícaro para oprimirnos como dices, es de tal gerarquia que por sola ella muchos hombres de nuestros países no solo nos estimen y respeten, sino que se nos humillen y casi nos adoren en lo público? ¿Tan buenos son los hombres de mi tierra? ¿tan compasivos, atentos y rendidos? ¿tanto es el privilegio que concede á la muger la debilidad de su sexo, que por otra parte la hace inferior al hombre? ¡Oh! si los hombres obran con sinceridad como nosotras ¡feliz es nuestra inferioridad, y dichosa la débil constitucion de nuestro cuerpo.!

Iba el coronel á responder la graciosa ironía de su muger, cuando lo embarazó un accidente, que sabrá el lector en el capitulo que sigue.

En el que se trata un asunto de gravísima importancia.

ACABAMOS de decir que iba á contestar el coronel á la irónica pregunta de su esposa cuando entró en nuestra sala una criada de Doña Eufrosina, dando unos gritos desaforados. Corra su mercé, decia, corra su mercé que quien sabe que le ha dado á la señorita.

Sorprendímonos todos con esta inesperada noticia: fuimos apresuradamente á la vivienda de doña Eufrosina, y hallamos á Pomposita llorando y bañada en sangre, y á su madre privada, en los brazos de una recamarera, toda temblando.

Apenas comenzaba doña Matilde á preguntar la causa del accidente de su hermana, cuando entraron de visita seis señoritas jóvenes y una venerable beata Rosa ya vieja, llamada doña Maria que

nada menos era tia primera de la enferma, y de doña Matilde.

Con la ocurrencia de la enfermedad de la señora doña Eufrosin, las salutaciones fueron sobre la marcha, pues á toda prisa se rodearon de la paciente, menos la beata, que se dedico á cuidar de la niña Pomposita.

Mientras que el médico venia, comenzaron á determinar remedios cada una á cual mas. Una mandaba ligarle las piernas: otra apretarle el estomago fuertemente: esta, darle á oler el humo de la lana prieta: aquella, echarle agua fria en la cara y pecho: quien recetaba una rebanadita de pan empapada en aguardiente para el estomago: cual unos fomentos de vino en los pulsos; en nna palabra allí todas eran médicas, y nadie se tenia por menos para ponderar sus medicinas, y sin duda hubieran embadurnado de aceites á la enferma la habrían amarrado como un cohete, y la habrían

hecho absorber mas humo que el que cabe en un globo aereostático, sino estuviere presente el coronel, quien se opuso de firme á que no se le hiciera nada de eso, diciendo que muchas medicinas de aquellas eran inútiles y las demas, perjudiciales, como son las fumigaciones y ligaduras. Trabajo le costó impedir que mortificaran á la enferma; pero por fin lo consiguió.

No por que las circstantes veian sus remedios desaprobados, dejaban todas de espresar los sentimientos de su cariño ácia la enferma del mejor modo que podian. Una la apretaba el estomago: otra, la tenia las manos, esta, la levantaba la cabeza, aquella prevenia el vaso de agua, y todas gritaban, lloraban y regañaban á las criadas por la tardanza del médico. Aquella sala era una zambra de gritos y monadas, que yo para mi sayo, calificque de adulaciones.

En esto estaban quando entró el mé-

dico, y por fortuna era un hombre instruido y prudente. La prisa conque lo llamaron y el alboroto que encontró en la casa previnieron su ánimo á creer que el mal era grave y ejecutivo. Preocupado de esta idea, y deseoso de cumplir con su obligacion, gastó pocas palabras en saludar y se dirigió á la paciente. La tomó el pulso: hizo dos ó tres preguntas la vió la cara con atencion, y se levantó muy sereno asegurando que aquello no era cosa de cuidado, y que dentro de un rato estaria perfectamente buena.

Al ver la frialdad del facultativo una de las señoritas que estaba prevenida con papel y tintero, no pudo menos que decirle: señor, ¿que no receta V.? No hay necesidad, respondió el médico, y la dicha madama creyendose desairada, le dijo: ¿como no? ¿pues no ve V como esta esta niña, y que si sigue asi con ese temblor se nos puede quedar entre las manos, y lo peor es que se nos va

sin sacramentos? ¿No será bueno que recete V. á lo menos, un poco de alkali volátil y tantita agua de la reyna para el corazón? Yo no entiendo de eso; pero fui sobrina de un famoso médico, que era doctor burlado, y todos los dias iba á mi casa y hablaba divinidades del alkali y de la agua de la reyna para estos casos, y yo algunos remedios le aprendi, y los he mandado mil veces, porque quien anda en la miel halgo se le pega; y ya V. sabe que de médico, poeta y loco todos tenemos un poco.

Señoritas, contestó el facultativo con mucha flema: no hay droga en la botica que no tenga sus alabadores y aficionados; y así no es mucho que las tenga el alkali, cuando no las desmerece el agua del pozo, la saliva, el carbon los orines. &c.

Por lo que toca á que todos tenemos un poco de médico, poeta y loco, con la venia de V. digo: que de loco to-

dos tenemos un mucho, y mas cuando nos metemos á dar nuestro voto en materias que no entendemos: pero de medicina y de poesia creo que muchos tenemos mas de entrometimiento que de inteligencia. Por mi le aseguro á V. que de poeta no tengo ni mucho ni poco, Una vez me quise meter á componer una quintilla y no la pude acabar; me quede en cuatro pies como los brutos. Lo mismo creo que sucede á muchos cuando se meten á médicos. Cada cual debe hablar de lo que entiende, y eso bien y poco; porque si un sastre quiere hablar de arquitectura, proferirá treinta mil blasfemias en esta facultad. Lo mismo se debe entender de todo y de todos.

La señorita se quedó muy fresca, no entendiendo la fuerza de la reprehension, y movida de una agitante curiosidad le rogó le dijese la quintilla: á cuya pregunta el médico contestó, que la iba

á hacer para reprehender una niña, que pensaba hacertar en materias que no entendia, y decia de este modo:

Si sin noticia ni guía
quieres ir por un camino
que no sabes, Celia mia,
te perderás de continuo
y

Será una bobería, dijo la señorita, ponerse uno á andar por un camino que no sabe, sin tener quien lo lleve ó lo dirija. ¡Vea V. que ocurrencia! dijo el médico en tono de admiracion: V. ha concluido mi verso facilmente en un instante, y yo no pude concluirlo en cuatro noches, despues de haberme quemado las sejas á la llama de cuatro velones de á medio, que tantos consumí para acabar mi desgraciada quintilla. Ciertamente M. tiene mas de poetisa que de médica.

Bien distraidos estaban todos con la conversacion, unos hablando y los demás oyendo, cuando la enferma cesó un suspiro, abrió los ojos y manifestó su total alivio, sorprendiendose al verse rodeada de tanta jente, entre la que extrañó al médico, porque no era el de casa, aunque era mejor. Este, concluida su visita, que no pasó de visita, previno solamente que removiesen del ánimo de la señorita todo motivo de disgusto, para que estuviera tranquila, pues este era el único y legítimo remedio en tales eccesos, y dicho esto, se despidió.

No llegaria á la escalera, cuando entró en la sala d. Dionisio Langaruto, acompañado de dos oficiales y un colegial, que venian de jugar cuatro ó cinco treguas al villar, las que habia ganado el partido contrario.

Ninguna novedad hizo á d. Dionisio el encuentro del médico ni el alboroto que hallo en la casa. Incomodo

totalmente con la poca destreza de sus compañeros, y teniendo por un punto de honor ultrajado que hubiesen perdido las treguas del desafío, reñía asperamente á sus amigos, los que con una humillacion servil se disculpaban mutuamente, sonriéndose de paso de la necesidad y enojo de Langaruto, de lo que este se incomodaba mas, y decia: yo no siento haber perdido las seis onzas: á mi no me duele perder el dinero: con cien pesos yo no soy ni mas rico ni mas pobre: ustedes bien saben que estoy hecho á tirar la plata pero en regla. Lo que me incomoda es que nos hayan dado capote, que no vieramos una, y que aun la última tregua llevandola tan aventajada, hubiera quedado por ellos. Vamos que ustedes son buenos chanflas.

Este zonzo tuvo la culpa, respondió el colegial, señalando á un alferéz: yo le decia que no tirara fuerte sino que me bendiera el cinco; pero quiso

lucir el buen taco, tiró palos en seco, me vendió á mi, y fué causa de que se llevara el diablo el partido.

No hay cuidado, decia el militar la confianza con que yo juego con ellos me hizo no recelar, y el maldito casquillo del taco, la bola fifiada, y la mesa tuerta fueron la causa de que erraran la bola, que si no, era bolada de acabar la tregua con los palos que tiré.

Eso sí; decia Langaruto: despues de los ladrones trabucazos. Ahora que nos ganaron y estarán brindando á nuestra costa y riéndose de nuestra inhabilidad, estás tú, hechando brabatas. Ya se vé: la bola, el taco y la mesa tubieron la culpa ¿no es verdad? Mucho fué que no te estorbara la taquera y el cajonsito del salvado. Anda chanflon.

Muy incómoda estaba Enfrosina oyendo la acalorada disputa, que su esposo tenia con sus amigos, sin hacer el me-

nor aprecio de su mal; y así hecha una furia, se levantó del asiento y le reconvinó diciendole: ¿que ha pensado V. que no tiene muger, ó cree que estoy pintada, ó soy alguna sirvienta de su casa? ¿No es una picardia, no es una desvergüenza intolerable ver que me esté muriendo por esa maldita muchacha, y ni siquiera le merezca al señorito la mas mínima señal de atención? Ya se vé que yo nací para infeliz, y

Aquí comenzó á llorar amargamente. Las parientas y amigas la consolaban con mil caricias, y el bueno del caballero Langaruto, atónito con el resoplido que acababa de escuchar, trató de satisfacer á madama del mejor modo y cuando supo que la causa de la mohina habia sido haber encontrado á Pomposita chupando un cigarro, quisiera descargar su furia sobre la pobre criatura, para hacer ver que sentia el mal de Eufrosina, y que lo sabia vengar

bien; mas el coronel contuvo su fuerza, deteniendolo y prorrumpiendo con la mayor energia estas espresiones: ¿Qué es esto? ¿Están ustedes infatuados ó adolecen de una violenta fiebre? Por un cigarro ¡Voto á mis pecados! ¿por un cigarro han sido tantas alaracas? Vamos, que esto no se puede creer entre personas de juicio y experiencia.

No por un cigarro, dijo á ese instante doña Eufrosina, sino por el atrevimiento de la persona que chupa ese cigarro. ¿Quien le ha dicho á esta mocosa malcriada, que se ha de poner á chupar á escondidas mias? No faltaba mas sino que la niña de siete á ocho años, que aun no sale del cascarron, ya quiera andar con el cigarrito en la boca todo el dia. Noramala para ella: así la vuelva yo á ver otra vez, que le aseguro que ha de ir á pepenar los dientes á la calle.

Tienes mucha razon, mi alma, de

cia la tia vieja: tienes mucha razon: yo quiero á Pomposita como si la hubiera parido; ya se vé: tiene mi sangre al fin, y mas vale gota que libra: pero la verdad, yo no voy fuera de la razon es mucha picardia que las niñas chupen. Ya se vé, tales estan las cosas en estos tiempos, que ya los mocosos les piden la lumbre á los viejos. Todo está malo, todo está perdido; á fé que en mi tiempo, ¿cuando, cuando una niña habia de tener la avilantéz de chupar delante de los grandes? ¿que digo yo? ni aun á escondidas. Muy buen cuidado tenian las madres de registrarles los dedos á sus hijas para ver si chupaban, y pobre de las que los tenian amarillos, ya se podian componer; porque, despues de que la castigaban muy bien, le quemaban la boca con uu huevo caliente: pero ahora ya chupan por detras de nosotros todas las niñas y nos hechan el humo en la cara. Haces muy

bien, Eufrosina, haces muy bien de castigar á tu hija: no; no le dejes pasar estas perradas,

No hace muy bien de castigarle este defecto leve, si lo es, y mucho menos con tanta crueldad como ahora, dijo el coronel: yo no me quisiera meter en esto; porque cada uno manda en su casa: pero me ha escandalizado ver castigar tan cruelmente á mi sobrina por una culpa, que si lo es, mi hermana y mi hermano se la han enseñado.

¿Como nosotros? decia Eufrosina. Así como lo oyè V. hermana, respondió el coronel, si esa niña jamás hubiera visto chupar á V. ni á su papá, ni á mí, ni á ninguna persona grande, seguro está que lo hiciera; pero vé que todos lo hacen: que no se hallan sin el cigarro: que es una especie de atencion y obsequio el darse cigarros: que apenas entra una visita, luego se pide el braserito de la lumbre; y por último, ve que todos chupan, y que aun

alaban el chupar, diciendo que el cigarro es un buen amigo, que en los gustos alegra, y en las tristezas consuela, ¿que concepto á de formar de este vicio cualquiera niña, que ve y oye todo esto? el mas favorable, el mas lisonjero, sin duda alguna; y á consecuencia ha de desear experimentar por si misma las dulzuras que oye decir se hayan en él, y luego que tenga ocasion á de poner en practica su deseo, como lo ha hecho Pomposita.

Yo no diré que es bueno que los niños aprendan á chupar desde muy temprano ni menos que se les permita hacerlo delante de sus mayores: conozco la fuerza de la preocupacion: pero no me detendré para decir, que cuando lo hagan, poco se pierde, y este no es un pecado casero que merezca una dura penitencia. Por mi aséguro á ustedes, que si mañana advierto que mi hija se inclina al cigarrito, lo veré con la mayor indiferencia,

y no solo sino que tendré cuidado de que no le falte, para que cuando grande, no solicite tal vez, quien se los dé ni busque la soledad ni la compañía de las criadas, siempre pernicioso, por no poder chupar delante de sus padres.

¡Bravo, bravo, dijo riendose d. Dionicio: V hermano, ha hecho grandemente la defenza de mi hija. Dejala, Eufrosina ¿que importa que no chupe ahora, si mañana como dice tu tia, te hechará el humo en los ojos? Yo voy con la opinion de mi hermano.

Yo no, dijo Eufrosina, encendidas en colera las mejillas: caro le ha de costar á la mocosa tamaña picardia. Le arrancára la lengua, le sacara los dientes, y le quemara la boca si tuviera el grandísimo átrevimiento de chupar un cigarro en mi presencia.

Vaya, hermana, no se acelore V. decia el coronel; advierta V. que el chupar es en si indiferente, y nosotros lo de-

fendemos como bueno, algunas veces como útil á la salud, y nunca lo tenemos como un delito. ¿Por qué pues, lo que para nosotros es bueno, útil y honesto, en las criaturas lo hemos de condenar como un crimen? Si Pomposita se hubiera inclinado á tomar polvos, V. no se enojara, y aun le abonaria por gracia que sacara la cajilla del tabaco en su presencia. ¿Pues porque ha de ser lícito al muchacho tomar tabaco por las narices, y no le ha de ser permitido el usarlo par la boca? y esté V. segura de que si hubiera visto mas polvistas que chupadores, se habria dedicado á tomar polvos antes que á chupar; pero ha visto lo contrario, y asi ha seguido lo que ha visto mas practicado.

Sea lo que fuere, decia Eufrosina: asi me criaron mis padres, y asi he de criar yo á mi hija, y caiga quien cayere.

Pero hermana, ¿siempre y en todo hemos de ir con lo que nos enseñaron los

antiguos? ¿Nunca nos hemos de apartar de sus caprichos, aunque se nos pruebe que lo son? A la verdad, ese es mucho servilismo, y la autoridad de nuestros mayores debe ser respetada, mientras la razon y la esperiencia no nos manifiesten su extravio.

Yo quisiera que Pomposita hiciera á V. este argumento, haber que le respondia: „Mamá, V. me debe enseñar siempre lo bueno, y me debe dar buen ejemplo. Ahora bien, ó el chupar es bueno ó es malo. Si es bueno ¿por qué me lo priva? y si es malo ¿paraque lo hace en mi presencia? ” Vaya, hermana ¿que responderia V. á éste apretoncillo?

Le plantara un buen par de bofetadas, y le quitaria las ganas de ponerse á dimes y diretes con su madre.

Esa es una respuesta muy eficaz para imponerle silencio, decia d. Rodrigo: pero no para convencerla. Hay muchos superiores que tienen á mano este facil

espediente para hacerse obedecer de sus inferiores, aun en lo injusto; pero este se llama despotismo, el que jamas es lícito ni á los padres, ni á los maridos, ni á los amos, ni á ninguna clase de superior, pues con tan indigno modo se hacen temibles: pero jamas amables. Sus ordenes injustas se obedecen con la misma gana que la mula estira el coche, y apenas pueden, cuando los inferiores las eluden con desprecio.

Los reyes y los gobiernos ilustrados como el nuestro, nos hacen ver que el superior jamas se degrada cuando satisface al subdito con razon. ¿quien mejor que los reyes y sus vicerregentes pudieran mandar cualquiera cosa, sin tener que decir mas sino: hágase ésto porque yo lo mando? Pues ya V. habra leído muchas reales ordenes en las gacetas, y habra advertido que dice el Rey: habiendome representado el mi consejo esto ó aquello, y atendiendo é la utilidad de mis

vasallos &c &c. he venido en mandar esto ó lo otro. Así tambien ha leído los bandos publicados en esta capital, y ha visto que en unos se dá razon de que lo que se manda es por orden del soberano, y en otros, que se determina una providencia para conservar la tranquilidad y buen orden: para subvenir á las urgencias del estado ó para los fines que se espresan; pero nunca habra V. visto una real orden ó una superior determinacion que como se dice á raja tabla y sin ningun prelude, diga: mando esto, mando lo otro, sin dar razon al público de por que se manda.

Esto prueba lo que ya dije: que estas racionales satisfacciones jamas degradan al superior, y que el no dadas cuando conviene, es un grosero despotismo. Por que sí, ó por que no, son razones de cabos-cuadra. Decir, haz esto porque quiero, aunque el otro conozca la injusticia de lo mandado, es una tirania insufrible, pero muy antigua en el mundo. Juvenal nos

refiere de aquella muger que pedia á su marido que crucificára á un criado inocente sin mas razon que su voluntad. Esto no es tolerable y menos entre cristianos.

Hoiga V. una decimita que en cierta vez escribi al mismo asunto.

Un señor una ocasion
 á un criado suyo reñia,
 y si éste le respondia,
 le decia el amo: chiton.

Chiton, ó de un mojicon
 te dejaré sin sentido.

Callaba el criado aturdido
 sobrandole que decir;

per que este modo de argüir
 ya quien no deja concluido?

A todos seguramente; y así ya V.

verá que las bofetadas lastiman; pero
 no convencén, y que no le es á V. lí-

cito usar semejantes soluciones con su
 niña.

Pues, por último, hermano: dejemos esto, contestó Eufrosina: cada cual tiene su modo de matar pulgas. Yo así quiero criar á mi hija: V. crie á la suya como quiera, que seguro está que yo me meta con V. así como no me metí el otro dia que la regañó tanto solo por que le dió un palo al gato: y en verdad que eso era una niñeria que no merecia la pena.

V. dice muy bien, hermana: me ha convencido V. soy un entremetido: ya no volveré á hablar en la materia. Sobre que cada cual tiene su modo de matar pulgas. Pero vea V.: cuando reprehendí á Pudenciana por que le dió un palo al gato, no la lastimé, sino que le hice ver que hacia mal, pues el gato no le hacia daño. La enseñé que debemos tratar á los animales con lástima por que son criaturas de Dios, y le advertí que quien no tiene piedad con los brutos, quien se complase en

maltratarlos solo por ser brutos, está muy cerca de ser un opresor de los hombres, siempre que pueda valerse de su debilidad. Por esto la reprehendi y esto la enseñé. V. dirá si tuve razon y si me manejé con tal cual prudencia.

Doña Matilde que habia guardado silencio en toda esta escena, advirtiendo que su esposo estaba algo incómodo con las respuestas altaneras y de pie de banco de su hermana, trató de cortar del todo la fastidiosa conversacion, y para ello con la mayor prudencia, dijo á Eufrosina: mí alma, siento tu mal rato, y me alegro que te hayas aliviado. Evita cuanto puedas encolerizarte, por que ya vez el daño que esto hace á tu salud. Yo me retiro por que voy á ver que hace mi peloncilla por allá dentro. Con esto se despidió; y el coronel no tardó en seguirla.

Así terminó la famosa disputa del

cigarro; pero cuando no corren igual suerte las disputas mas célebres y contenciosas? El amor propio, cuando se desarregla, que se desarregla muy seguido, es un tirano que cautiva nuestros entendimientos y los sujeta al antojo, al engaño y la preocupación. Ordinariamente disputamos mas por vanidad y por hacer valer nuestra opinion, que por iudagar la verdad, y esta es la causa de que las mayores necedades se defiendan con ardor, de que se desprecien las razones mas sólidas, y de que no haya modo de confesar que hemos errado. De aquí se sigue que cada uno se queda con la opinion que defiende, y la verdad se oculta en las tinieblas del error.

Quando d. Rodrigo estuvo solo con su esposa, le dijo: ¿has visto muger mas loca y mas aturdida que tu hermana? Ella me ha dado un rato bien pesado. Quando vi á Pomposita bañada en sangre y ha tu

hermana privada, me afligí porque creí, que la criatura acaso travesando, se habia dado algun golpe, y el pesar de este accidente habia desfallecido á la madre; mas luego que supe la verdadera causa, me compadeci de la pobre criatura, y me incomode vivamente con Enfrosina. Yo no he visto muger mas nécia.

Yo advertí bien tu incomodidad dijo Matilde: por que solo muy enojado podias haberte puesto á disputar con ella tan deveras, olvidandote de aquel principio que me has aconsejado tantas veces, de que es una locura ponerse á disputar con un nécio, pues el discreto pierde el tiempo, las razones y la paciencia, y el nécio siempre se queda nécio. Bien que tambien me has dicho que el hombre mas cuerdo deja de serlo, luego que es sorprendido de una pasion: en este caso se desatienden los mejores principios y se olvidan las lecciones mas bien aprendidas. Esto te sucedió puntualmente.

Yo me alegró que me hagas esta advertencia, dijo el coronel: pues prueba que no se te olvida lo que me oyes, y que sabes hacer felices aplicaciones de los principios que te enseñó; pero dejando esto aparte, dime ¿que juicio has formado de la imbecilidad de tu cuñado, quien sin el menor informe, iba á concluir la obra de su muger, cuando quería volver á maltratar á la pobre criatura?

Yo pienso que hizo muy mal, contestó Matilde: aunque no puedo explicar en que está lo peor de la accion; por que á primera vista, parece que su colera fué efecto de la buena educacion que dá á su hija, y del mucho cariño que tiene á su muger; pero cuando advertí la facilidad con que se serenó y te concedió la razon, nó creo que hizo bien en lo primero; por que cuando veo un hombre que es tan fácil al enojo como á la serenidad, y tan pronto esta de parte de una opinion, como de la con-

traria, temo que no tenga caracter, témo que esté muy propenso á obrar sin razon, y que sus primeros arrebatos los dicte un capricho y no la justicia. Esto es lo que me parece. Tú esplicame mejor lo que no entiendo.

No te has engañado en tu concepto, dijo d. Rodrigo: asi es como lo pien-
sas. Tu cuñado manifestó en su accion falta de caracter y sobra de amor propio. El se avergonzó por que vió reprehendida su distraccion delante de todos por la agria reprehension de su muger, y no teniendo ni firmeza para sostenerse, ni habilidad para disculparse, trató de satisfacer á su esposa y á las visitas, maltratando á la parte mas débil. A no haberlo yo embarazado, golpea á su hija, y queda persuadido de que había obrado en justicia.

Los hombres violentos ó atropellados sin caracter, son malos maridos, malos padres, malos amos, y generalmente malos superiores. Muchas veces castigan la inocencia,

y no pocas premian el delito, ó por que no conocen uno ni otro, ó por que les parece que asi deben hacerlo.

Peor concepto formarias del caracter de tu cuñado, si alcanzáras á conocer las perniciosas conecuciones que acarrea á su familia. Oye sin asustarte. El orgullo de su muger, su disipacion, la mala crianza de Pomposa, el poco respeto de los criados, la dilapidacion del principal, que cada dia vá de mal en peor, y todos los atrazos interiores y exteriores de la casa, no reconocen otro origen que el mal caracter, ó por mejor decir, la falta de este en tu cuñado.

Esta no es murmuracion: te hablo á solas, de unas faltas que te son demasiado notorias, y esto no por denigrar á esta familia, sino para que veas confirmadas por la esperiencia muchas verdades que te he dicho. Una de ellas es que los hombres tienen las mas veces la culpa de los defectos de las mugeres.

Yo estimo mucho á D. Dionicio, y conozo sus buenas qualidades; pero me com-
padece que tenga un carater tan débil, y
que esto sea causa del desorden de su
casa. Te hago ver este desorden y te se-
ñalo sus causas, para que si yo muriere
antes de poner en estado á nuestra hija, que
des tú, con suficientes reglas para delibera-
rar sobre la eleccion del compañero que
le convenga, y de éste modo, obrando
con prudencia y segun las máximas que
te inspiro, coabjuvarás como buena ma-
dre a hacerla feliz en el estado del matri-
monio, si este fuere de su vocacion.

Pues qué, ¿el genio obsequioso de mi
cuñado, decia Matilde: el que siempre dá
gusto á su muger, el que la complace,
el que la estime y la sirva, es todo su pe-
cado? Eso es lo que lo constituye de mal
caracter, y por eso son todos los estravios de
su casa? Yo te creo, pero me admiro de sa-
berlo ¿que me dirias si d. Dionicio fué-
ra un hombre grosero y altivo; y que tra-

tara á su muger como una criada,? Yo co-
nozco algunos de estos.

Y yo tambien, contestaba d. Ro-
drigo: pero condenaria, en tal caso, su
cruel conducta, lo mismo que ahora re-
pruebo la que le observo. En el arco
tan inútil queda la cuerda muy tiran-
te como la muy floja. En todo debe di-
rigirnos la prudencia. Tan mal obra el
marido que se convierte en tirano de
su esposa; como el que se constituye
su esclavo; ambos son extremos que de-
be evitar el hombre prudente, como
opuestos á su dignidad, y como obstá-
culos á la felicidad doméstica y á la
paz del corazon.

Mientras que los maridos no sepan
ser hombres, las esposas no sabrán ser
mugeres. Yo puedo equivocarme; pero
segun la experiencia que tengo, las
mugeres no serian tan fatuas, vanidosas
ni locas, si siempre les tocasen por ma-
ridos hombres prudentes y sensatos,

que supiesen hacerlas entrar por el camino justo y razonable, pero si los hombres, despues de esceptuar los que se deben; unas veces las ecsásperan con sus modales duros y groseros; y otras dan pábulo á su orgullo con sus mimos imprudentes, y con sus condescendencias desarregladas, ¿como sabrán sus mugeres infelices usar á tiempo del amor sincéro, ni de la amable dependencia, tan necesarias ambas cosas para la felicidad del matrimonio? Verdad es que las mugeres que obran mal no merecen disculpa, porque ellas debian obrar bien aun cuando sus maridos no fuesen siempre de acuerdo con la razon; pero si aun en este caso son criminales, ¿cuanto mas lo serán los hombres que las permiten, las enseñan, y se puede decir que las precisan á obrar mal?

Semejantes matrimonios tarde ó temprano se desgracian. Para que Pudenciana, si se casare, no corra igual

suerte que muchas, haré yo cuanto pueda, y hasta donde alcance mi talento para darte las mejores reglas, que tú la inspirarás si yo faltare á fin de que sea una muger amable, que haga las dulzuras de su esposo y la felicidad de su familia.

CAPITULO VI.

En lo que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.

MUI resentida quedó Pomposita con el cruel tratamiento de su madre, y tanto mas, quanto que estaba acostumbrada desde muy tierna, á verse aislada entre los mimos, contemplaciones y melindres de sus padres, parientes, criados y visitas de la casa. El espíritu de ira que se apoderó de su corazon fué tan vehemente que se negó á comer

que el día, y se resistió á tomar chocolate por la tarde, á pesar de las caricias paternas, de los ruegos de todos los concurrentes, y de las súplicas y humillaciones de su madre.

Esta era muy altiva para sufrir el orgullo de su hija mucho tiempo; y así, enfadada de él, la dejó, diciendola de paso mil boberas, y se entró á la habitacion de Matilde, quien viendola tan colérica, le preguntó la causa, y ella dijo: ¿Que ha de ser? esa maldita muchacha tan malcriada como soberbia. ¿Ya viste lo que pasó esta mañana? pues no ha querido comer, ni ha probado bocado á la hora de esta, y ya nos hemos cansado de rogarle. Poco ha faltado para incarnarme delante de ella ahora, rogandole tomase el chocolate; pero todo ha sido en valde: mientras mas le rogaba, mas dengues me hacia el demonio de la muchacha, hasta que me enfadé, y la dejé diciendole: mas

que nunca comas en toda la vida, ¡ojala! te acabara de llevar el diablo; y creeme que por no deshacerla á patadas, la he dejado y me he venido acá.

Ya se vé, ella no tiene la culpa: halló tan buen defensor en mi hermano, y por eso está tan cargada de razon. Lo que se quieren los muchachos es eso: hallar quien apoye sus picardias, y entonces no hay diablo que se averigüe con ellos; pero que se atenga Pamposita á su tío, y que siga chupando, que yo le juro que no me llamára Eofrosina, si no le hiciere escupir a bofetadas cuantos dientes tiene en la boca.

El coronel que habia escuchado sus honras en tan pocas palabras, no pudo menos que incomodarse justamente y decirle: oiga V. hermana: no hay que engañarnos: siempre buscamos á quien echar la culpa de nuestras malas accio-

nes, cuando no tenemos la sinceridad suficiente para confesarlas por nuestras. La obstinacion con que la niña se niega á tomar el alimento, proviene de su resentimiento ó enojo, á que dió ocasion el imprudente castigo de V. y perdone que se lo diga tan claro; pero V. ha tenido la culpa; y no yo que solo hice unas justas y sencillas reflexiones en su presencia.

En toda educacion bien dirigida se deben economizar los castigos quanto se pueda; y cuando sean inexcusables, deben ser correspondientes á los defectos de los niños; y segun esta regla, yo no encuentro proporcion entre el defectillo que ha cometido mi sobrina y el grave castigo que V. le impuso; pues en un niño no es tan gran delito chupar un cigarro para sufrir una bofetada tan cruel. Jamás las preocupaciones dejarán de acarrear funestos resultados. El caballero Ragliff que fué el que in-

trodujo el tabaco en Inglaterra, en tiempo de Jacobo I. se concibió con esto el odio general en tales términos que levantandole muchos crímenes falsos, añadieron entre ellos, que habia llevado una yerba, con cuyas delicias se entretenian todos y se distraían del trabajo. El Parlamento preocupado á favor de los deponentes lo sentenció á la última pena, que sufrió en un cadalso este hombre de bien y benéfico á su patria; puntualmente por haberles enseñado á sus paisanos el uso de una yerba, de que despues han sacado tantos provechos. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion!

Lo que mas noto yo en muchas madres es que se irritan, se enfurecen contra sus hijos, y los suelen castigar cruelmente por una friolera, al tiempo mismo que les dejan pasar culpas bastante graves, que les acarrear despues mil consecuencias funestas.

Yo no sé que le dejo pasar á mi hía, decia Eufrosina; porque la que erie bien á sus hijos ha de ser como yo, aunque me tome la mano. Ya vé V. que en esa edad sabe leer y escribir, sabe todo el catecismo: está aprehendiendo á bordar y á hacer trenzitas de chaquirá, á coser no, porque, gracias á Dios, tiene su padre y no ha de ser costurera; estas cositas se le enseñan porque no esté ociosa, y algun día sepa lo que está bueno y lo que está malo.

A mas de esto, ya V. ha visto, que bayla un campestre, unas boleras, unas cuadrillas, un vals, y todo con primer. El diantre de la muchacha es habilisima y como tiene buena voz, ya está aprehendiendo á tocar y á cantar por arte, ello poco á poco; pero el maestro dice que la niña dá muchas esperanzas por que es muy viva.

Por lo que mira al estilo, á la

decencia, al aire de taco, al tono, y á todas aquellas cosas que debe saber una señorita de su clase, que algun dia ha de hacer su papel, ya V. ha visto tambien que me he despulsado por enseñárselas. Ella será una perra malagradecida si olvidare lo que yo he hecho por ella. Si sabe baylar yo la he enseñado: si sabe comer con limpieza, tratar á todo el mundo segun su clase, vestirse con arreglo á las últimas modas, llevar el cuerpo con ayre, manejar con garbo el abanico y todas estas cosas tan necesarias en una señorita ¿á quien lo debe sino á mí? ¿Y despues de esto, ¿habrá quien diga que yo he criado mal á mi hija?

Reprehender á una persona sus defectos sin tener autoridad para ello, decia el coronel, es una impolitica, en que yo no deseo incurir; pero tambien el condescender con cualquiera persona apoyandola sus faltas, solo por lisongear-

la, es una bajeza, que no se conforma con mi genio. En esta inteligencia, yo no me determino á responder por ahora, á la pregunta que V. acaba de hacer; pero le aconsejó que por modo de diversion lea, á ratos perdidos, el tratado de educacion de Mr. el Abate Blanchard, que está en el tomo cuarto de *escuela de las costumbres*. Este autor tiene bastante aceptacion entre los señatos, y el trozo que digo de educacion á mas de ser cortito, tiene mucha naturalidad y sencillez de estilo, por lo que no es fastidiosa su lectura. Con que léalo V. con atencion, y despues, si gustare, podrá repetirme su pregunta.

Estaba yo bien fresca decia Eufrosina; si me comprometiera á leer ese *Blancar* ó *Blandar* ó lo que es. Vaya, que no faltaba mas sino meterme á beata fuera de tiempo. ¿Que piensa V. que yo soy como la zozca de mi hermana que parece una criada de la casa ó una

vieja camandulera? Todo el dia se está la muy bobona ó en la cosina, ó con la almohadilla, ó con el libro en la mano, que no parece sino novicia recoleta. Ya se vé ella se hizo al modo de V. y le parecerá que tiene una vida de ángeles; pero yo, ¿cuando, cuando me habia de sujetar á esa vida? no digo teniendo proporciones; pero aunque fuera mas pobre que Amán, me sabria dar mis ratos para desahogarme. y cumplir con las atenciones de mis amigas; y no mi hermana que parece una india de pueblo. Ella ni sabe baylar, ni cantar bien, ni nada; ya se vé qué como ha de saber, si se niega á las tertulias, á los bayles y concurrencias de la gente lucida, donde se aprende estas cosas tan necesarias á toda gente fina? Para ama de llaves, maestra de niñas, pretendiente de brígida ó capuchina, no tiene précio mi Matilde. ¿No es verdad hermana?

Será lo que tu quieras, dijo Matilde; pero lo cierto es que como yo ya me acostumbre á ésta vida, no se me hace pesada; antes cuando tengo que concurrir á alguna parte donde hay bulla, lo hago por mero cumplimiento y por que no digan; pero te aseguro que estoy violenta, temiendo no suceda algo mientras falto de mi casa y deseando volverme á ella lo mas pronto.

Si lo creo, hermana, contestaba Eufrosina, sobre que todo es hacerse. Ya tú te has hecho á estar encerrada y á ser una criada de tu marido y de tu hija, y de ahí no habrá quien te saque; aunque no te ligas muy santurrón, quien sabe si tu no vas á los bayles porque no te gustan, ó por que no te da licencia mi hermano. Vaya, que ésto último me parece lo mas cierto y esto se llama hacer de la necesidad virtud. A lo menos, tú eres mas chica que yo, y muy bien me acuerdo que de doncella eras muy alegre: vaya, si eras una sonaja. Todo el

dia andabas saltando y cantando en casa; ello lo hacías mal, pero á tu gusto; y tambien te agradaban mucho las fiestecitas, los bayles y cuantas diversiones se te proporcionaban, de modo que, si hubieras podido, hubieras sido apero de las tertulias, ó como dicen perrito de todas bodas.

Esto es una verdad que tu no podrás negar; mira pues, si yo tengo razon para estrañar tu recogimiento presente, y para presumir que tu mudanza y tu gazmoñeria no provienen de virtud, ni de que no te gusten las bullas, como dices, sino de miedo que tienes á mi hermano, ó de mucha barba que le quieres hacer. Vamos: no te pongas colorada: confiesala y mas que no la pagues.

Yo me pongo colorada, dijo Matilde, porque te produces de esa manera delante de mi marido, quien tal vez, pensará que estas hablando unas verdades, y de ahí inferirá que yo de muchacha era

una loca, andariega y amiga de fiestas, y de andar en la calle todo el día; y que si ahora me estoy en mi casa, no lo hago de buena gana, sino á fuerza y de miedo por respeto suyo. Por esto me avergüenzo y me da colera, y no por otra cosa.

No, hija, no tienes porque avergonzarte, dijo el coronel: estoy muy satisfecho, así de tu conducta anterior, como de la presente: sé que si de niña doncella salias á la calle y te presentabas en los bayles, era conducida por tu madre, por tu hermana y por otras personas á quienes te confiaban; pero no por que tu jamás hacias empeño para ir. Por lo que toca á tu conducta presente, estoy mucho mas satisfecho, porque la obserbo mas de cerca, y vivo muy contento al lado de una señora, que siendo joven, sabe desempeñar tan bien los títulos de madre, de esposa y de ama de casa. En esta virtud nada te debe avergonzar, cuando estas segura del ventajoso concepto que me de-

bes, y en el que no te hago ningun favor, porque tú te lo tienes merecido,

¿Que no hay una escobita? dijo la nécia [de Eufrosina: no hay una escobita, señores, para recoger tan abundantes desperdicios? Vaya, vaya que ustedes se entienden la lengua lindamente. Yo me alegro mucho que V. esté tan satisfecho de Matilde, y de que ella esté tan contenta con V. Dios los guarde así por muchos años. Yo, hermana, por lo que hace á mi, te digo que muy buen provecho te haga tu santa vida; pero yo no te la envidio ni te la envidiaré jamás. ¡Ahy! no ni pensarle, Dios me libre de que yo me viera cazada y hecha una vieja rezandera ó una moza de á veinte reales. Primero me den cien tabardillos uno sobre otro y. . . .

Vamos, hermana, no hay que afligirse, decía d. Rodrigo si aun no llega esto caso. Lo que yo quisiera fuera que V. se dedicara á la lectura de algunos libros buenos, que debian serla muy útiles en

su estado; v. g. *la educacion de las hijas por el señor Fenélon: la familia regulada por el padre Arbiol: la Eufemia ó la muger instruida por el aleman Campé: cartas de madama de Montaignon: la muger feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una muger debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya que veo que V. no tiene paciencia para tanto, me contentaria con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo, pues, por modo de diversion.

Estaba la diversion arrogante, decia Eufrosina: vamos hermano, que V. me hace reír con sus candideces. Si supiera V. que no me gusta leer nada ¿que dijera? y no sólo porque no me gusta, sino que me falta lugar para mis cosas. No piense V.: ahi tengo muy buenos libros, que me ha comprado Langaruto, muy bien empastados y muy bonitos, y dicen que

son del bello gusto, y tengo algunos muy divertidos, segun dicen: ¿pues, para que he de mentir? yo no los he leído, pero todos lo dicen, y yo lo creo. Vea V.: tengo *las novelas de doña Maria de Sayas, las obras jocosas de Quevedo, las aventuras de Gil Blas, la Pamela, el Eusebio, novelas sin las vocales, la Clara, la Diana enamorada, la Atala, Alejo en su casita, soledades de la vida y desengaños del muudo, d. Quijo te de la Mancha*, y otros que no me acuerdo; y á mas de eso, un celemin de comedias y saynetes, que mas bien lee Pomposita que yo. Con que vea V. si no tengo lugar de leer esos libros, que son tan divertidos como me habia de poner á leer esas mistiqueñas que V. quiere?

En verdad, hermana, contestó el coronel, que tiene V. un gran surtido de libros y comedias. Entre los que V. me ha señalado, unos son buenos, otros razonables, y otros perniciosos y de

pésimo gusto; pero yo sin tratar de deprimir el mérito de los que lo tienen, digo que para aprender á ser buena casada, es mejor cualquiera de los que yo le cité, que todos cuantos V. tiene, y por eso me empeñaba en que leyera lo mas conciso; pero desisto de mi empeño en vista de que V. me asegura que no le gusta leer y que no tiene lugar, bien que yo creo mejor lo primero que lo segundo; porque ciertamente me hace fuerza que una señorita como V. no tenga lugar para dedicarse á leer un libro poco á poco.

Si no pareciera demasiada curiosidad, yo quisiera saber la distribucion que hace V. del tiempo; por que no puedo creer que sea este tan corto, ni sus quehaceres tantos, que no le dejen lugar para una cosa tan útil. y en que se podian emplear pocos minutos cada dia.

V. hermano, la verdad, se está ha-

ciendo de la casa de la virgen, decia Eufrosina: ¿con que no sabe V. cuales son mis quehaceres? ¡Pobrecito de V.! ya se vé, como vive tan lejos de mi casa y nos vemos tan de tarde en tarde ¿como ha de saber lo que yo hago? No obstante, oiga V. en qué se me vá el dia, para que vea si tengo ó nó que hacer.

Me levanto á las ocho ú ocho y media por lo regular: de esta hora á las nueve me desayuno: de las nueve á las diez me visto y me aséo para salir: á las diez tomo el coche y me voy á la alameda á hacer ejercicio, ó al parian á comprar algunas cosas, ó á casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce y me vengo á almorzar: despues en tomar la lección de bayle y recibir algunas visitas se vá el tiempo hasta las dos ó dos y media, que viene mi marido y nos ponemos á comer: despues de esto, á las tres y

media ó las cuatro me acuesto á dormir siesta hasta las seis: á las seis me levanto, tomo chocolate, me voy al paseo, ó me entretengo en vestirme hasta las siete, hora en que me voy algun bayle ó al coliseo: acabada la comedia ó el bayle que es bien tarde, me retiro á casa, cenó y me acuesto. Rara vez se invierte este órden, que es el ordinario, y eso por algunas visitas que vienen á casa, ó por alguna indisposicion que padezca, ó por que se arma acá la tertulia derrepente, ó por otro motivo semejante, y entonces estoy mas ocupada con la atencion que ecsigen estas cosas. Vea V. si tengo ó no tengo hartó que hacer, y si tendré lugar no digo para leer; pero ni para rascarme la cabeza.

Anda niña, dijo Matilde: no me admira que te pases una vida tan floja y holgazana, sino que tengas cara para contarla y te quedes tan fresca.

¿Y por que no? respondia Eufrosina: ¿pues qué, hago mal en esto? ¿no soy muy dueña de mi voluntad? ¿no tengo proporciones para pagar mis criadas que me sirvan? y á mas de esto, ¿no soy una señora decente, y es preciso que me trate como quien soy? Ya bien veo yo que mi régimen de vida es enteramente opuesto al tuyo. Algo he observado; pero para que veas la diferencia que hay de trato á trato, dime: ¿en que gastas el dia por lo ordinario?

No tendré embarazo, dijo Matilde: mira: no soy madrugadora; me levanto, por lo regular, á las siete de la mañana; visto á Pudenciana y nos vamos á misa: venimos, y nos desayunamos: despues envio á la niña á la amiga y le dispongo el almuerzo á Linarte: el resto de la mañana se vá en ir á la cocina, en la costura, en asear la casa, ó mil cosas; por que á ninguna muger le falta que hacer en su casa, cuando es muger y quiere estar ocupada: á las do-

ce envío por la niña, me pongo mí delantal para no ensuciarme y voy á la cocina á sazonar el plato de mi esposo. . .

¡Virgen! ¿hasta eso? dijo Eufrosina: pues ¿que no tienes cocinera? aunque fuera ya = Si tengo, pero quiero que Linarte coma á su paladar, no al de la cocinera, y como nadie conoce su gusto ni su modo mejor que yo, de ahí es que yo misma le sazone la comida; mas como iba diciendo: luego que acabo este gran trabajo, me lavo las manos y me vuelvo al estrado con mi costura hasta la una. hora en que por lo regular viene mi esposo de la calle: platica un rato ó se divierte un poco con su niña mientras ponen la mesa, y vamos á comer. Acabada la comida reposamos un rato hasta las tres ó poco mas, el suele írse, y yo me pongo en el estrado rodeada de mi familia, ó con el bastidor ó con la almohadilla hasta las cuatro y media] que van por mi hija: luego que esta viene, rezamos el rosario, y les leo algo

del catecismo, á mi hija, á Tulitas (*) y á las mozas; pues, por que ya sabes que es obligacion precisa de los amos el enseñar la doctrina á sus criados; en esto dan las oraciones, se van á sus quehaceres, las niñas á jugar, y yo ha guardar mi ropa. A ésta hora viene Linarte, tomamos chocolate, y unas veces nos ponemos á platicar, otras me entretengo en tocar mi clave, ó me voy á tu casa, y alguna vez al coliseo, ó á alguna visita, segun estoy de humor, en cuyas diversiones me entretengo hasta las diez ó poco mas, hora en que cenamos y nos recogemos muy contentos.

Con este método de vida ni yo acabo mi salud, ni los pobres sirbientes se molestan; por que ya tu vez que es una grande imprudencia de aquellos

(*) *Esta Tulitas era lá niña Gertrudis que sirvió de aya á Pudenciana en su infancia. y de lá que se habló al principio de ésta historia.*

amos, que, despues de hacer trabajar á sus criados todo el día, los tienen en vela hasta las quinientas de la noche, que llegan á sus casas del juego, de la tertulia, ó la visita. En fin, con este método de vida ya verás que me sobra lugar para leer cuanto quiero.

Pues tienes una vida angelical, hermana, dijo Eufrosina: dichosa tú si te salvas; pero la verdad yo no te la colidicio; por que ese trato no es para una señora decente, sino para las rotitas de casa de vecindad, y no para todas; sino para aquellas pobres hipócritas que se hacen muy virtuosas, muy recogidas, y muy mugeres de su casa, no por voluntad sino por fuerza. No van al coliseo por que no tienen con qué, pagar el palco ó el asiento, ni se presenta en los paseos públicos ni en los bayles, por que les sobra vanidad y les falta coche y el lujo que desean para competir con nosotras; pero tú

que eres media mística, ya sabes que esto no es mugerio ni virtud, sino mucha soberbia y vanidad; y despues de toda, piña, semejante vida, ocupacion y encierro, no se queda para una señora de tu clase.

¿Quién dice que nó? replicó el coronel: pues qué las señoras decentes gozan alguna prerrogativa ó privilegio para no cumplir con las obligaciones de su estado? ¿La buena cuna ó las riquezas pueden alguna vez servirnos de razon para substraernos de la ley general, que nos prescribe, sin distincion de clases llenar nuestros deberes dignamente? Yo por cierto tengo entendido lo contrario. La nobleza, la fina educacion, los puestos elevados, las riquezas y todas las ventajas que proporcionan la naturaleza y la fortuna, tan lejos están de escimirnos del cumplimiento de las leyes; que antes bien nos someten á su yugo con mas imperio; por que el que

mas ha recibido mas debe; y así las señoritas, que han recibido unos buenos principios y que se distinguen por su clase del comun del vulgo, deben comportarse siempre mejor que los vulgares; sin jamás alegar las preeminencias que gozan, para faltar á sus obligaciones; pues como dije, sus mismas distinciones las estrechan para obrar con mas arreglo y escrupulosidad que los demás.

Pues bien, dijo Eufrosina; sea de eso lo que fuere, lo cierto es que ni V. ni yo hemos nacido para reformar el mundo. Así lo hallámos y así lo hemos de dejar. ¿Que nos importa que las gentes anden de pies ó de cabeza? Al fin no hemos de dar cuenta á Dios de nadie; ¿para que nos hemos de meter en camisa de once varas?

A mas, de que no es tan bravo el leon como lo pintan; pues, quiero decir: no debe ser mi vida tan descarria-

da como V. la supone, pues si eso fuera, no tuvieran tantas la misma vida que yo, y algo mejor; pero ya ve V. cuantas señoritas hay que no emplean el tiempo sino en componerse, pasear y divertirse; y hacen bien de gozar de la vida, y de tratarse como quienes son, si nó ¿en qué se han de distinguir de las rotas y pingajosas de casa de vecindad como ya he dicho?

¡Valgame Dios hermana, dijo el coronel, y cuantas equivocaciones padece V.! Acaso porque hay en efecto, muchas señoritas lujosas y paseadoras, que todo el tiempo de su vida, ó á lo menos los dias floridos de su juventud los consagran á la moda, á la disipacion y á la frusleria, abandonando sus mas precisas obligaciones. ¿cree V. que se halla disculpada de algun modo la que las imita? De ninguna manera, hermana: la multitud de viciosos jamás ha justificado el vicio. No por que hay muchos

ébríos y ladrones, tendremos por licito el robó ó la embriaguéz. Nuestra naturaleza, corrompida por la culpa, siempre se inclina á satisfacer nuestras pasiones, atropellando con la ley y la razon, y esta es la causa de que los perversos y abandonados tengan tantos imitadores; pero esto, ya digo, se hace atropellando la ley y la razon; pues siempre que queremos escuchar el poderoso grito de la conciencia, tenemos los auxilios necesarios para no delinquir, y unos de estos auxilios són los buenos ejemplos de otros, que no queremos seguir.

El Apóstol S. Pablo decia, que sentia en si dos leyes la del espíritu y la de la carne; ésta enferma y corrompida que lo inclinaba al mal; y aquel sano y pronto para inspirarle el bien. Todos sentimos las mismas leyes; pero obedecemos la material que lisonjea nuestros sentidos y apetitos, no queremos sufrir la

contradiccion que hace el espíritu á la carne; y así con desprecio de aquel adúlamos ésta; aun conociendo que hacemos mal; por que á nadie se le oculta su delito, y acosados del tómor que se sigue á la infraccion de la ley, ¿que hacemos? Buscamos pretextos y disculpas, que aunque engañosamente, nos consuelen y tranquilicen.

Una de éstas disculpas y quizá la mas frecuente ó la que tenemos mas á mano es la multitud de infractores, que se nos presentan á la vista. Entonces nuestro amor propio, diestrisimo aduldor, nos persuade ó que no hacemos mal, ó que nuestro proceder no es el peor, cuando hay tantos que obran lo mismo que nosotros, pero ésta disculpa es tan capciosa y frívola que no nos penetra el interior; por que al instante se nos vienen a la memoria otra multitud de individuos, cuyos buenos ejemplos y arreglada conducta, destruye nuestra sofiste-

ria, y reprehende nuestros excesos.

Por ejemplo: es constante que en Méjico, así como en toda ciudad populosa, hay una porcion de señoras que ocupadas, ó consagradas del todo al lujo, á la bulla, á la disipacion y á peores cosas, se desentienden del cuidado de sus obligaciones, abandonando su casa, sacrificando al marido, corrompiendo á sus hijos, escandalizando á los criados, y olvidándose enteramente de que son esposas, madres, y amas de sus casas. Es cierto, repito, que por desgracia, abundan estos ejemplares; pero tambien es evidente que no faltan otras muchas señoras modestas en su trage, fieles á sus esposos, atentas en la educacion de sus hijos y familia, hacendosas en su casa, económicas de su hacienda, y enteramente muy cristianas, y escrupulosas observadoras de todas sus obligaciones.

Que dice V.: ¿no es verdad que hay muchas señoras de estas en Mexi-

co? ¿No conoce V. algunas de ellas? ¿pues como no se acuerda de sus ejemplos para seguirlos, y solo me cita en su abono el estraviado proceder de las demas? Con que, hermanita no hay disculpa. Es preciso confesar que obramos mal por nuestro gusto, sin atenernos á que otras obran lo mismo que nosotros, pues tenemos ejemplos en contrario, que debemos imitar.

Calló el Coronel, y Eufrosina con una ricita burlesca le dijo: ¿sabe V. hermano, lo que estaba yo pensando?--- ¿Que cosa? -- Que V. erró la vocacion de medio á medio. Si señor: V. no debia haber sido militar ni casado; por que para capuchino ó misiouero no tiene precio. No hay remedio, V. debia andar, con un pulpito en las manos diciendo lindizas por esos mundos de Dios, como opinaba Sancho de su buen amo.

¡Vea V. que tacho o que sermon tan largo me ha hechado! la lastima es que yo

estoy empedernida, y todo se me resbala. Estos sermones son buenos para la zonsa de Matilde, pero para mi es lo mismo que escribir en el agua, y predicar en desierto.

Si hermano: yo nací muy señora: me hé criado con regalo: heredé alguna cosita de mis padres; y por fin, he tenido la fortuna de haberme casado con un hombre de proporciones, y muchacho del dia. ¡Bendito sea Dios que me libró de un viejo, regañon y mezquino! No lo digo por V.: pero, ¡Jesus! ya me hubiera yo ahorcado. En fin, hermano: ¿ustedes gustan de ir al coliseo, que ya es hora? = Hermana, muchas gracias. = Pues á Dios.

Diciendo esto, se fué Eufrosina, y Matilde, llena de enojo contra ella, dijo á su marido: ¿ya lo vez? yo me alegro, sí, yo me alegro de que te haya faltado al respeto la loca de mi hermana. En partes dice bien: si no hemos nacido pa-

ra reformar el mundo, ni tenemos que dar á Dios cuenta por otro, ¿para que es cansarnos en persuadir que obren bien ó mal? Allá se los haya. La verdad, me ha incomodado mucho Eufrosina por tonta y majadera; pero conozco que tu has tenido la culpa en ponerte á disputar con ella.

Mira, dijo el coronel: todos estamos obligados á coadyuvar al bien de nuestros semejantes á proporcion de nuestras luces. Tú, bien sabes que es obra de misericordia, y muchas veces de justicia dar buen consejo al que lo ha menester, y segun esto, cuando vemos que un semejante nuestro, padece un error grosero por el cual se le siguen ó se le pueden seguir graves perjuicios, y teniendo facilidad de darle un buen consejo, estamos en obligacion de darselo y de sacarlo de su error, siquiera por caridad; y ésto aun cuando presumamos que por entonces no lo admitirá ó se burlará de

él, por que no sabemos si aquel consejo despreciado, acaso será una semilla que en otro tiempo fructifique.

En éste caso esta tu hermana. Ahora se burla de mis razones; pero, tal vez mañana ó por un revés de la fortuna, ó por la experiencia, que se adquiere con la edad, podrá abrir los ojos y aprovecharse de lo que ahora desprecia.

Por ésto hé aventurado la conversacion que oiste, de lo que no me pesa, ni menos me siento de su burleta, pues la pobre procede como una muchacha atolondrada y sin una cuerda reflexion. Si todos pensaran como ella, si todos dijeran: así halámos el mundo, así lo hemos de dejar, y ninguno tendra la gloria de reformarlo, en este caso, ni los oradores hubieran esforzado su elocuencia, ni los escritores sus luces para corregir ó contener los vicios, ¡desgraciados de los hombres! Ociosos fue-

ran los púlpitos y los libros: nada se hubiera adelantado en las ciencias, en las artes, en la moral, en la política, ni en cosa alguna; pero como los sábios no han sido de ese nécio modo de pensar, se han afanado para no dejar sepultados los talentos que les confió la Providencia y para hacerlos útiles en beneficio de sus semejantes.

Yo te confieso ingenuamente que no me hallo con un acopio de talentos sublimes y brillantes; pero sin embargo, deseo emplear el escaso que tengo en el mismo objeto, pues sé que al que se le dieron cinco se le pedirá cuenta de cinco, y al que le tocó uno solo, se le tomará residencia de este uno; y por esta razon procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer, y que quizá algun dia le será de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogerá el fruto

de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

Ya etámos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices, ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo menos que decirte que me hace mucha fuerza no solo que disputes con mi hermana, sabiendo quien es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer; cuando otras veces me has dicho que es boberia disputar con ella ni con ninguna persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningun partido ventajoso de tales disputas. Esto, tú me lo has dicho, y no ha mucho que tásitamente me concediste que no habias echo bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Con que dime ¿como está esto?

Facilmente saldrás de la duda, res-

pondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende: no es lo mismo disputar que aconsejar en qualquiera disputa; pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender uno su opinion contra otra, con razones, no con palabras sin substancia, pues en este caso ya no sera disputa sino algaravía: y como los necios porfian, casi siempre sin razon y sin saber lo que porfian sino que quieren sostener su opinion por que sí y por que nó; de ahí es que sera una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto, hay disputas tan frívolas é impertinentes que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de éstas. ¿Que importa que tu hermana tenga por un eceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? nada seguramente; y así debí haber omitido la disputa, como impertinente para mi, y como frívola en si misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evidentes, que al sostenerlas con ardor contra un necio es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi lévita es azul, contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de estas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que por necesidad, por caridad, y por justicia no solo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinion con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energia de la calumnia, al católico le es permitido defender su religion, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningun empeño, ninguna diligencia, está demás en estas ocasiones; y ya bien entendidas que no te he

hablado de éste género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza; aunque muchas veces concorra al mismo fin que la disputa mas bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se dá ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interés, y regularmente seguro. Si yo aconsejo v. g. á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad, y que no la consienta con melindre es por su bien, no tengo en ello ningun particular interés, y mi consejo es de los mas seguros ¿me has entendido? ¿Estas satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente, y como no te he de entender, si esplicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala. = ¿Que cosa? = Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos. = Ya vuelvo.

Aquí concluyó esta sesión, y también el capítulo sexto.

CAPITULO. VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.

¡QUE feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades? La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que éste le inspiraba sus máximas morales, prueban que ambos disfrutaban de ésta felicidad,

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales, que tenia, y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres; y así en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocia el valor de las letras; sabia lo que éran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestra le habian hecho advertir cuanta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que ésto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrandose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy facilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, por que su padre le franqueaba papel, recado de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera, se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara

de leccion, ni advertia ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete, y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

Quando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, cuan necesario y útil era poseerla con la posible perfeccion. Pero esto lo hizo exerciendose un dia á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciendola: mira como ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay duda, tú no eres tonta y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos. ¿Qué te gusta escribir? — Si, papá. — Pues mucho mas te gustaria, si supieras que gran cosa es la escritura.

El saber escribir, ó la invencion de este arte mobilisimo, es una cosa prodigi-

giosa, necesaria á todo racional. utilisimo sobre toda ponderacion, y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una magia cierta y licita entre los hombres. Si, hija querida: la pluma bien dirigida sobre el papel hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrian por milagros ó hechicerias. Ella resucita los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos para que nos instruyan y conversen con nosotros: ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que erogarnos gastos ni sufrir incomodidades de caminatas, registraremos todos los ángulos descubiertos de la tierra, véamos las situaciones de los reynos, sus mejores ciudades, sus templos, palacios, calles, edificios y paséos; que sepamos el numero de habitantes que los ocupan, cuales son sus costumbres, religion y gobierno, leyes, modas, enfermedades y re-

medios: ella, inventada no solo para esto, hace que subamos á los cielos, que volemos por sus esferas, que indagemos el movimiento de los astros, el curso de los planetas, la velocidad de sus giros, los rios, mares, montes y valles de la luna, las manchas y humaredas del sol, y hasta el peso de las estrellas: ella nos facilita la comunicacion con nuestros deudos y amigos ausentes, sin que estorben para oirnos y entendernos, las leguas, los montes ni los mares, que se atraviesan entre ellos y nosotros: ella fija en el papel como con un clavo la palabra, que sin auxilio se escaparia para siempre: ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles: ella nos hace acordar de lo pasado y prevenir lo futuro: ella afirma y asegura fuertemente las palabras y contratos de los hombres, y los hace cumplir con sus deberes; ella para no cansarte, es la que hace al homi-

bre religioso, sábio, honesto y moderado cuando se acuerda de sus obligaciones y la que lo convierte en impio, necio y escandaloso cuando se olvida de ellas: por que la pluma es para todo, segun se usa. Con la pluma se alaba á Dios, ó se ultraja: se honrra la religion ó se deshonrra: se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina ácia el error: se favorece á los hombres ó se perjudican: se abren los corazones para el amor ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora que cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma cuando se quiere hacer segun conviene, y ¿dime si deberá ninguna criatura dotada de razon despreciar este beneficio, y privarse de sus ventajas, solo por ser un tonto y perezoso, que no quiera dedicarse á aprender á escribr?

Así es, papá, decia Pudenciana: muy tonto será el que no quiera saber tan-

tas cosas, y poder hacerlas, como V. dice. Pero yo estoy espantada y queriendo saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que V. me dice, que no entiendo.

Entonces el coronel le explicó el sentido de éstas frases, la niña quedó aficionadísima á la pluma, y esta afición la hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacia con mas arreglo y sabia usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solia valerse de ella, como del amanuense de su confianza, para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulandola con estos elogios á que se aplicara mas cada dia.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones, apenas despertamos de la prime-

ra infancia. Esta pasion dejandola correr á rienda suelta, constituye el egoismo, y es el fomes de todo género de vicios, asi como bien dirigido es el estímulo de las virtudes. El coronel conocia bien la verdad de este acsióma, y así alababa lo bueno que veía en su hija; pero de modo que ella se satisfacía con los elogios sin envanecerse, y se tenia como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo la enseñó su padre á conocer los números y el valor de las unidades, decenas, centenas, y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética comun, y cuando ya entendió esto perfectamente, la hizo ver cuan útil es á las niñas aprender á lo menos, las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la mas crasa ignorancia, decir que las mugeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan

para nada, pues toda niña que algun día ha de ser señora de su casa debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos y hacer otras cosas, que les costaría sumo trabajo sin el recurso de la aritmética.

No ignoraba el coronel que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente á las mugeres; y así procuró primero hacer ver á su hija su utilidad, para excitarla el apetito de aprender.

Un día le dijo: mira: los que no saben hacer cuentas, siempre cuentan cuando la necesidad los obliga, pero á mas de que casi siempre yerran las cuentas que hacen, les cuesta un inmenso trabajo. Al contrario, la persona que sabe valerse de los números, hace las cuentas muy facilmente, y las mas veces las hace bien. Un ejemplo te hará ver la diferencia.

Mira: estas son tres cajitas de fichas de concha: una tiene setenta y tres fichas, otra veinte y una, y la ultima treinta y cinco; ¿dime ahora cuantas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes, por que necesitas contarlas una por una, y despues de este trabajo te espones á equivocarte veinte veces. Pues vaya: pon aquí las fichas de la primera caja que son setenta y tres en este modo: 73.
Pon las de la segunda que son. 21.
Pon las de la tercera que son. 35.

Puestas en este orden se suman así. 129. y resultan que hay ciento veinte y nueve fichas en las tres cajas.

Aun hay otro modo de sumar mas pronto, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A que no me dices cuantas lentejuelas tienen los arquitos de tu túnico? -- ¿Cuando lo hé de saber, papá? si tiene un monton. --- Pues ahora verás

que facilmente lo dices; supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.---Eso ya lo sé: tiene cuarenta y dos.---Muy bien; ahora cuenta cuantas lentejuelas tiene un arquito.--- Ya están contadas, son nueve.---Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas están puestas en igual proporcion; de suerte que no hay mas en un arco que en otro pon de numero los arcos que son: 42. Pon debajo las lentejuelas de un arco. 9.

Ahora se multiplican así: 378, y ves en un instante que tu túnico tiene trescientas setenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacia tan difícil saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el ausilio de las cuentas.

Le es tan útil y necesario á una muger el saber contar, como á un hombre. Muchas mugeres perecen en la miseria solo por ignorarlo; y la esperien-

cia nos las está señalando con el dedo, lo mismo que la causa. ¿Que se puede esperar de la muger que de la noche á la mañana se halla con un principal que le dejaron ó sus padres ó su marido, y ella no lo sabe girar ni conservar porque no sabe hacer cuentas? Es clara la respuesta: busca quien se las haga, casandose ó acomodando un dependiente; y si este ó el marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por tres dan las cuentas del gran capitán: y se queda la muger contando que tuvo coche en tiempo del difunto. Con que así, hijita, procura instruirte ahora que eres niña, para que te hagas util á ti y á otros, cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender y es menester aprovecharlo; por que el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo asciende á majadero.

Ya se deja entender que esta pro-

lijidad no es ociosa en ningún padre de familia, cuando trata de aprovechar á sus hijos. El coronel cuando enseñaba á Pudenciana, procuraba hacerle ver la utilidad que le resultaba de aprender, y al mismo tiempo le quitaba el tono de lección, tan fastidioso á todo niño; con lo que lograba que aprendiera sin violencia, como aprendió, en efecto, en poco tiempo, á leer, escribir y contar con alguna perfección, y sin que á él costara mucho trabajo el enseñarla.

Siendo el coronel tan eficaz para instruir á su hija en aquellos principios que son útiles para la felicidad temporal, es creíble que no lo sería menos para enseñarla aquellos que son absolutamente necesarios para conseguir la eterna.

Ya se dijo que desde bien pequeña procuró hacerla formar la mas digna idea de su Criador, conformandose con su capacidad, de cuyo empeño no

desistió hasta que la consideró bien instruida.

El se valia de cuantos objetos presenta la naturaleza, aun los mas triviales, para elevar su consideración al Hacedor Supremo. Ya la hacia contemplar la hermosura del campo en un alegre dia de primavera: ya la brillantéz del cielo salpicado de luces en una serena noche: ya el espantoso aparato de una terrible tempestad: ya la atracción maravillosa del imán: ya la fragancia de la rosa . . . En una palabra: el campo, el cielo, la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto la planta, la piedra, las flores, las aves, los peces, y hasta los imperceptibles insectos le daban materia para instruirle en el conocimiento de Dios, haciendola ver como resplandee en sus criaturas su omnipotencia, su sabiduria, su justicia, su misericordia y todos sus adorables atributos.

Despues de hacerla ver nuestra miseria, y que nada somos delante del Se-

ñor del universo, la hacia reconocer que sin embargo de ésta pequeñez. somos sus criaturas predilectas, por quienes crió todos los seres, que nos admiran y sirven en la naturaleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrages de los hombres, por quienes murió para abrirnos las puertas del Paraiso, y por quienes hizo el milagro mayor de los milagros instituyendo el augusto sacramento de la eucaristia, en el que se quedó con nosotros hasta el último dia de los siglos.

Tales eran las sencillas pero utilísimas lecciones que daba á su hija este buen padre, que procuraba tenerla entre el respeto, el amor y el agradecimiento á su criador. ¡Felices los padres que tienen las luces y disposicion necesaria para instruir á sus hijos, y mas felices los hijos, que saben corresponder á las sanas intenciones de semejantes padres!

A ésta edad que era de poco mas de siete años, ya sabia de memoria el ca-

técismo, y entendia muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada religion, todo á fuerza del continuo tesón con que su padre la enseñaba; pues no tardó mucho tiempo en la amiga; á pesar de la no comun disposicion de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catécismo, quando la sacó de ella, y se tomó el mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabia con Quintiliano, que la emulacion que procede del exemplo de los condiscipulos estimula para aprender mas breve, pero no ignoraba que no siempre lo mas pronto es lo mas seguro. Comprehendia muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza corrompida por el fomes del pecado, nos inclina al mal: que esta perversa inclinacion se deja percibir

en muchos niños bien temprano: que es muy difícil faltan algunos de estos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los muchachos, que se confían á su cuidado: y de todo esto concluía, que es muy fácil que se corrompa en una casa de estas una criatura, especialmente niña, con el mal ejemplo de los malos.

Un día hablando de esto con su esposa le dijo: no te admire que alla dejado á Pudenciana en la amiga tan poco tiempo. En verdad que me ha parecido demasiado, y solo por contemporizar en algo con tu gusto lo permití. Te aseguro que con solo franquearla la compañía de muchos niños de diversas edades, naturales y principios, por largo tiempo, tendria lo bastante para perder el candor y la inocencia que le procuramos conservar; porque es muy difícil, por no de-

cir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aun no sabe hacer buen uso de su razon se contenga dentro de los límites de lo justo con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos al rededor de si, adapte los primeros, separandose de los segundos.

Toda casa de comunidad trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable que el que se acompaña con un justo será justo, y el que se junta con un perverso se pervierte. Es tambien verdad evidente que en dichas casas hay de todo: buenos y malos: pues aqui del temor y la dificultad. ¿Con quien será mas facil que se adune el niño ó niña inesperto, con los buenos ó con los malos? El que se acuerde de la corrupcion de nuestra naturaleza, y advierta que los buenos reprehenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados; y los malos las adulan, las fomentan, y

aun las pretenden justificar con sus ejemplos y palabras, ese que responda á mi pregunta.

Si yo declamára contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo menos, *parcial*, de estas públicas fundaciones, si levantára el grito contra la sana intencion de sus piadosos fundadores ó inventores; si con una crítica mordáz murmurara sus mas arreglados institutos, seguramente se me podia tener por un erége político; pero si no declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la ocasion tan próxima de la compañía de los malos; creo que nada digo que no sea una verdad indisputable. Puedo asegurarte con dolor que mas de cuatro maldades ignorara yo hasta el día, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices

aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeon, la zarza que vió Moysés arder sin consumirse, los niños que salieron ilésos de las voraces llamas del horno de Babilonea, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por enmedio de el mar, son extremos de comparacion; pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miásmo corrompido derrama una peste mortífera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche; y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó joven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre, que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien, y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporción, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel: si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad, de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero ño, lástimar tu conyugal pureza. Bastame el saberlas, y el procurar que mi hija no se esponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion d. Rodrigo cuando entró el la-

callo de d. Dionisio, diciendo que esperaban á comer á su familia. Era dia de frasca de los muchos que cada mes ocurrían en su casa.

El coronel que entendia muy bien las leyes de la politica, que es el arte de saber vivir; inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capitulo primero del segundo tomo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

*¶ La aceptación con que se han recibido las **FABULAS** del mismo autor y por el total consumo de los ejemplares que se imprimieron; ha hecho que los editores hayan reimpresso mas cantidad, con el mismo volumen de octavo, con cuarenta y una estampas, y por haber ya desde un principio erogado los crecidos gastos de las láminas &c. se han propuesto darlas con mas comodidad; lo que facilitará al público y á los niños no carecer de la utilidad de su lectura. Se espended en esta imprenta y en la alacena de libros cita en la esquina*

INDICE.

DE LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO.

PROLOGO. *Página.*

Capítulo I. *En el que se dá razón de quienes fueron éstas dos señoras, y de la primera educación de ambas* 1.

Cap. II. *En el que continúa la materia del antecedente.* 29.

Cap. III. *En que se refieren otros pormenores de la educación de las niñas Pomposita y Pudenciana.* 68.

Cap. IV. *En el que se trata una materia entretenida* 119.

Cap. V. *En el que se trata un asunto de gravísima importancia* 148.

Cap. VI. *En lo que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita.* 179.

Cap. VII. *En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tube con su esposa.* 216.

de los portales de Mercaderes y Agustinas, á un peso á la rústic, y á doce reales en pasta.

PQ7297

F37

Q8

v. 1

14641 CAP.

AUTOR

FERNANDEZ DE LIZARDE, José J.

TITULO

La qui jotita

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

U.A.N.L.

